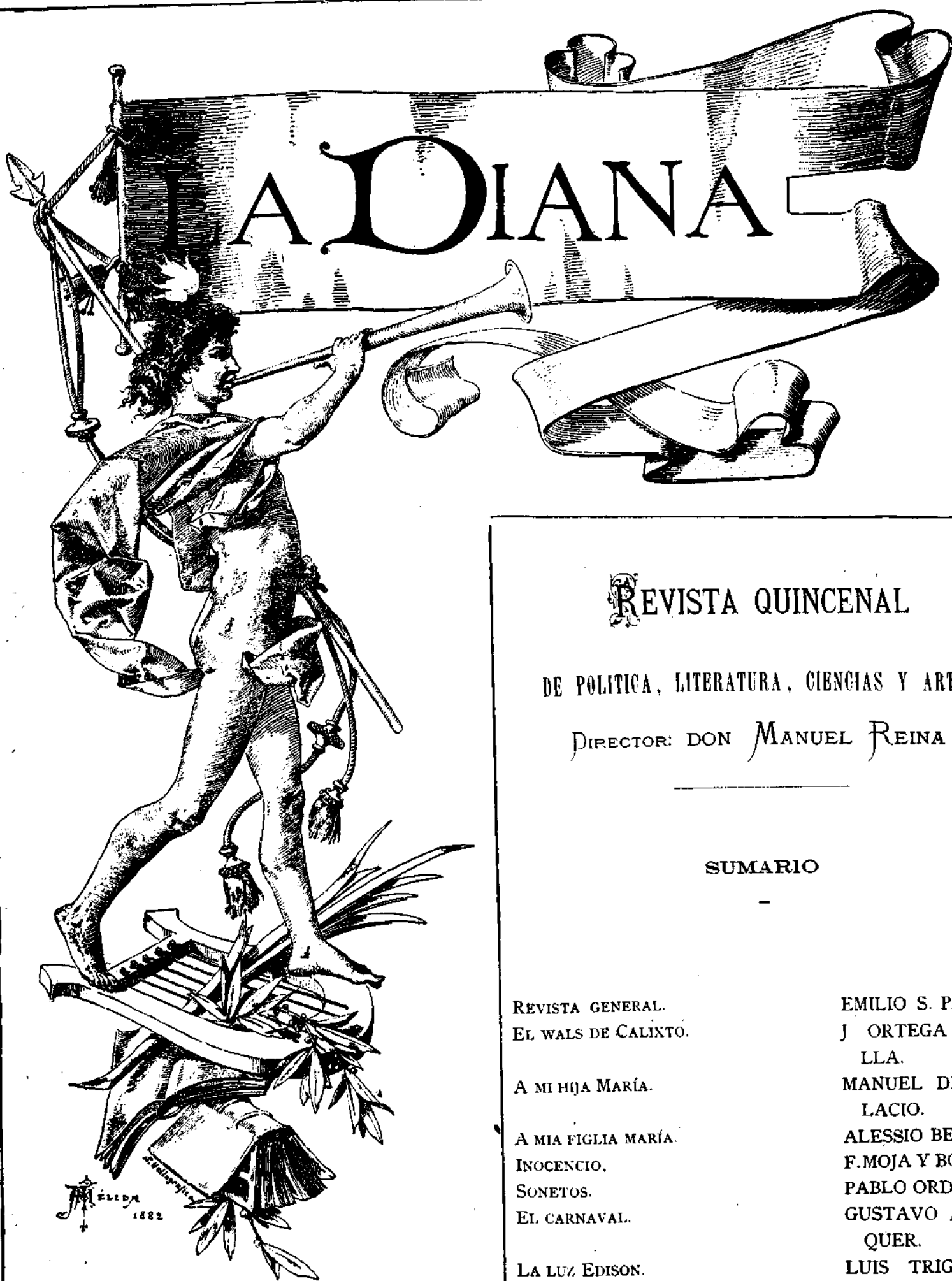




REVISTA QUINCENAL

DE POLITICA, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

DIRECTOR: DON MANUEL REINA

SUMARIO

REVISTA GENERAL.
EL WALS DE CALIXTO.

A MI HIJA MARÍA.

A MIA FIGLIA MARÍA.
INOCENCIO.
SONETOS.
EL CARNAVAL.

LA LUZ EDISON.
NOVENTA Y TRES (*De Augusto Barbier*)

EL JUZGADO ENTIENDE EN EL ASUNTO.
UN LIRICO ESPAÑOL.
LA CACERÍA EN ÁFRICA.

EMILIO S. PASTOR.
J. ORTEGA MUNI-
LLA.

MANUEL DEL PA-
LACIO.

ALESSIO BESI.
F. MOJA Y BOLIVAR
PABLO ORDAS.
GUSTAVO A. BEC-
QUER.

LUIS TRIGUEROS.
ANICETO VALDI-
VIA.

F. COSTA.
JOSÉ J. HERRERO.
ALEJANDRO DUMAS

Administración: Plaza de la Independencia. 10, 3.º derecha.

REVISTA GENERAL

El nuevo Gobierno ha comenzado su existencia con un acto de esos que deben escribirse en las páginas de la humanidad y de la civilización con letras de oro. Cerca de 40.000 hombres, cerca de 40.000 hermanos nuestros, que gemían en la esclavitud por las artes de los esclavistas, á pesar de todas las leyes y de todas las disposiciones adoptadas por el Gobierno y las Cortes españolas, han sido puestos en libertad.

Tal ha sido el resultado del acuerdo tomado en uno de los últimos Consejos de ministros, declarando libres á todos los negros que no estuvieran comprendidos en el censo mandado formar hacia 1867. Para rehuir el impuesto que á la sazón se estableció, los propietarios de esclavos omitieron en la inscripción á muchos de éstos que por tal circunstancia debieron quedar libres en el acto; pero las argucias, que tan buen éxito suelen tener en la administración española, las dilaciones tan fáciles de conseguir y la presión ejercida por los esclavistas sobre todos los gobiernos, presentando este asunto como una cuestión de orden público, habían aplazado su solución indefinidamente.

Se necesitaba realmente para romper esa red de preocupaciones que tejen los grandes intereses particulares y políticos en derredor de los ministros, y esa energía la ha tenido en los albores de su existencia ministerial el Sr. Gaspar Núñez de Arce, dignamente secundado por todos sus compañeros de Gabinete.

Los asuntos políticos del momento que aquí absorben la atención de todo el mundo con sensible insistencia, ha sido causa de que este importante hecho no haya tenido toda la resonancia que por su virtud merece, y que en el extranjero ha producido.

Al lado de los justos elogios tributados por la prensa extranjera al ministro de Ultramar y al Gobierno, siempre figurará, con no mucha gloria nuestra, la indiferencia con que la Cámara escuchó la noticia de haberse adoptado este acuerdo, y la frialdad incomprensible de los diputados autonomistas cubanos, entre los que figura el presidente de la Sociedad defensora de la de la Abolición de la esclavitud.

Por fortuna, esos actos no pueden caer en el común olvido en que suelen pasar muchos acuerdos ministeriales, y la indiferencia momentánea y accidental de una generación consagrada á la política del día, por decirlo así; no impedirá que la gloria de una disposición tan humanitaria y tan civilizadora acompañe siempre en lo porvenir al nombre del ministro que la ha realizado y al de todo el Gobierno que ha secundado su propósito.

La libertad de algunos miles de seres humanos es una página de la historia del progreso, que se recordará perfectamente entre las bendiciones de todos los hombres civilizados á quien haya tenido la gloria de escribirla.

Aparte de esto, lo que principalmente ha absorbido la atención de los hombres políticos, ha sido el debate que se ha promovido en el Congreso á propósito del matrimonio civil. Todo el mundo sabe que el Sr. Cárdenas, á raíz de la restitución, publicó un decreto anulando en su parte más esencial la ley de 1870, y lo que es peor, dando efectos retroactivos á su arbitraria disposición ministerial. La perturbación introducida en la constitución de la familia ha sido tal, que los mismos conservadores han reconocido, aunque tarde, la gravedad de aquel decreto y la necesidad de poner término á un estado de cosas de todo punto insostenible.

Los republicanos habían dirigido ya una pregunta al señor ministro de Gracia y Justicia sobre este punto; pero, no satisfechos con las explicaciones dadas por éste, presentaron una proposición, en la que se declaraba vigente la ley de 1870, y anulado el decreto del señor Cárdenas.

Los que de esta manera creían poner término á la perturbación establecida, no reparaban, sin duda alguna, que, llevada la cuestión en esa forma y por medio de una proposición incidental, en vez de ordenar un estado de cosas que necesitan pronto y eficaz remedio, aumentaban la perturbación constante, y en tal medida, que, si se hubiera aprobado la proposición, sería imposible declarar en este momento cuál era la situación legal de una porción de familias españolas.

Lo primero que sorprende al observar esta cuestión es la ligereza con que en nuestro país se abordan cuestiones tan delicadas, materias que se relacionan con lo que hay de más íntimo y sagrado en el corazón del hombre: con la religión y la familia. Era natural que, llevado el asunto á las Cámaras de una manera tan irregular, produjese inci-

dentes deplorables en vez de los beneficios que sus iniciadores se proponían.

De la derecha partieron apreciaciones exageradas respecto de la índole del matrimonio civil; y á las exageraciones de la derecha contestaron las exageraciones de la izquierda, produciéndose en una de las últimas sesiones un espectáculo tanto más deplorable cuanto que la lucha se verificó entre los elementos que componen la mayoría. El señor Fabié sostuvo teorías puramente personales, que muy pocos en la mayoría aceptan, y á éstas contestó el señor marqués de Sardoal con afirmaciones como la de que el Gobierno se proponía llevar á la secularización del Estado; teoría que, no ya en la mayoría de la Cámara, sino aun en las mismas minorías avanzadas se rechaza, expuesta de modo tan concreto y terminante.

La pasión de escuela, que es mala consejera en todos los asuntos políticos, es doblemente perniciosa cuando se emplea para discutir materias civiles, aunque tengan tanta relación con los principios políticos de los partidos como la del matrimonio.

Es preciso convencerse y persuadir á todo el mundo, sin embargo, de que la solución de esta compleja cuestión, no puede ser principio de un partido ni dogma de ninguna agrupación de esta índole.

Lo que de tal modo afecta á cada uno de los ciudadanos, no puede constituir una teoría que se inscriba en la bandera de ninguna de las agrupaciones que aspiren á ocupar el poder. Estas materias están fuera de la lucha de los partidos; no puede llevar cada cual su solución á las leyes; no puede dejarse la constitución de la familia entregada á las altas y bajas de las agrupaciones políticas en su acción sobre el país.

¿Qué sería de España si la subida de un partido ó la caída de otro llevase aparejada, además de las reformas políticas que siempre se emprenden en estos casos, la modificación de la familia?

¿Qué sería de nosotros si los ciudadanos tuvieran que ajustar sus relaciones de parentesco á los cambios y vicisitudes de las luchas de la política?

Pues á esto conducen los apasionamientos y las intransigencias en cuestiones de este género; á esto conduce el exagerado espíritu de escuela aplicado á materias de naturaleza tan delicada, y mucho más en España, donde el sentimiento religioso tiene siempre fácil explotación, y todavía no se han secado las manchas de sangre derramadas en el Norte y en otros puntos de la península, por pretextos de este orden.

No se puede prescindir de la realidad para legislar, y la realidad es en España una mayoría de católicos sobrecitados constantemente y fanatizados en gran parte por los trabajos de un partido que tiende á representar en una causa puramente política la causa de la religión.

La realidad es en España una mayoría de católicos que han de aceptar ciertas reformas, si se verifican con prudencia y con parsimonia, y que las han de rechazar si violentamente se quieren imponer.

La realidad es en España una mayoría de ciudadanos que fácilmente escuchan los interesados consejos de la pasión, cuando se trata de asuntos relacionados con la conciencia.

Así, pues, la solución del matrimonio civil debe ser y será hija de grandes transacciones, y el esfuerzo del Gobierno debe dirigirse á recobrar los derechos del Estado, sin menoscabo de la conciencia, apartando cuanto posible sea la cuestión de un aspecto religioso; porque, de lo contrario, nos exponemos á herir sentimientos muy delicados y muy respetables en todas partes, pero más delicados todavía en España que en otro nación cualquiera.

Conciliar los ánimos, aunar voluntades, prescindir de teorías abstractas, apartarse de intransigencias de escuela; este debe ser el procedimiento para arreglar una cuestión de tan grave índole, con el objeto de que ningún partido se considere vencido en la contienda, con el objeto de que no se justifiquen represalias de graves consecuencias.

Claro es que no podrá evitarse el disgusto de individualidades intransigentes que en todos los partidos existen; pero sí puede conseguirse que los partidos acepten un término común una solución conciliadora que á todos satisfaga, aun haciendo los consiguientes sacrificios que toda transacción envuelve. De este modo no daremos el espectáculo poco culto, sin duda alguna, y contrario á todo principio de justicia y de conveniencia, de andar reformando frecuentemente la constitución de la familia, base de la sociedad y punto arriesgadísimo para ser manoseado con frecuencia en las asambleas políticas.

EMILIO S. PASTOR

EL WALS DE CALIXTO

Calixto era un viejo, auxiliar en la Biblioteca del arcaico lugarón de Muriedro. La edad le había quitado la esbeltez y la gracia que dicen que tuvo. Era delgado, con un rostro cetrino, comparable a una máscara de bronce, moldeada sobre las facciones del dolor. Ahora está en la sección de infolios y pergaminos arrugados, puesto siempre delante de un facistol movable, en el que se renuevan grandes pedazos de rugoso cuero amarillo llenos de letras rojas, que parecen heridas abiertas en la historia, por las cuales sangran aún los héroes muertos de que en ellas se habla. Calixto traduce al castellano aquellos cronicones antiquísimos, donde se elogian las más brutales carnicerías, y se ensalza a los más crueles carniceros. Calixto es un sabio de esos que sólo saben lo que pasó, y para quienes es el porvenir algo brumoso y desconocido—una batalla de nubes sobre un abismo.

* *

Cuando yo fui a verle, el sol se ponía, y era una tarde de Octubre. Caía lentamente la luz, volviendo naranjados los vidrios amarillos de los transparentes. El viento sonaba retorciéndose en la calleja inmediata. Calixto, envuelto en el postrero rayo del sol, tenía no sé qué extraña fisonomía de íntimo júbilo.

—¡Ah!—me dijo:—Hoy he vuelto a recordar aquellas notas.... Un wals. Debe ser el primero que se ha escrito.... Es una carcajada que acaba en llanto.... Nunca te he contado esta historia.... Es la del único día alegre de mi vida, y el más horrible de ella al mismo tiempo.... El amor se asomó a mi alma, y echó en ella una lluvia de jazmines que me perfumaron.... y murieron. La ilusión me prometió en un solo instante una dicha eterna.... La ilusión es la hermana menor del desengaño. Ella nos enamora, nos sonríe, nos da una cita en su reja, y cuando hemos acudido, llega el hermano.... y nos mata.

* *

Leocadia—continuó Calixto—era prima mía. Yo he sido primo de la hermosura. Sus ojos chispeaban con lumbré de amor, y su nariz recta tenía dos alillas trémulas, y en medio de la mejilla siniestra un lunar negro que parecía, sobre la blancura del cutis, una mata de juncos en un campo nevado.

* *

—¡Horas dichosas las pasadas en el destartado salón de la casa solariega de mi tío! Yo adoraba a Leocadia, y al verla vestida de blanco con las trenzas negras mal atadas rozando el cuello y el talle, tan endeble como una columnilla de marfil, me parecía una de aquellas princesas de mis libros viejos que, saltando al mundo de la realidad de detrás de la más elocuente página, resumía en el breve cielo de sus ojos los premios prometidos a los vencedores de cien combates. Yo perdí el aplomo, la calma, el sosiego. Me encontraba tan feo, tan pobre, tan ruin, tan ridículo, que llegar a alcanzarla lo tenía por un sueño, que me amase absurdo, y que yo la olvidase imposible.

* *

Ella tocaba el *fortepiano*, y sus manos corrían semialadas sobre las teclas. Combinábanse la celeridad de sus dedos blancos y el concento de la música. Era un relámpago de blancura, sobre una carcajada de armonía.

* *

Y estar allí, cerca de ella sentado junto al piano, viendo moverse sus ojos, estudiando las inflexiones que tomaba la curva de su garganta al levantarse el rostro y alentar el seno; y no obtener de aquella mujer ni una mirada, ni conmover un instante la fría, la helada impasibilidad de su espíritu.... era un paraíso complicado de infierno, una caricia y una puñalada.

* *

Leocadia no podía amarme. ¿Pero amaba a otro? Esta pregunta me mataba. ¿Cómo resolverla? Espié de noche sus balcones esperando ver pendiente de ellos una escala de seda, y oscilando sobre el empedrado la capa del amante abandonada en el balaustre. Rondé la verja del jardín, y crispé mis puños más de una vez imaginando que los arbustos negros eran hombres. Yo veía en toda sombra un rival.

* *

Una tarde me esperaba Leocadia; me dejó estrechar su mano; yo me estremecí de dicha.

—¡Pobre primo mío!—exclamó ella.

—¿Por qué dices eso?

—Tú me quieres bien. Tú lo sentirás.

Y una lágrima escurrió de sus pestañas largas y sedosas. Después sus manos pulsaron el teclado, y oí este wals, que he vuelto a recordar hoy al cabo de veinte años. Es una música endiablada de enamorados que se persiguen, de silfos que corren tras mariposas, de geniecillos y hadas jugando al escondite en los cálices de un bosque de azucenas. Ella le ejecutaba mirándome como se mira a un niño antes de darle un pequeño disgusto.... A la noche me marché.

* *

Pero volví a espiar las verjas del jardín.... y entonces vi una cosa horrible. Vi un embozado que salta llevándose del brazo a Leocadia. La sombra los envolvía; pero no tanto que dejara yo de apercibirme de que al traspasar los lindes del huerto sus bocas se unían en un beso.... No fui dueño de mí. Corrí tras ellos. Mi mano se armó de un cuchillo.... Herí a ciegas, con fuerza, brutalmente. Una ola de sangre salpicó mi rostro, y quedé sin vista. Caí al suelo, y me pareció que por el balcón salía ruido de música; que Leocadia estaba de nuevo sentada al piano, y que este maldito wals sonaba, sonaba burlando mi furia, porque yo había matado a su amante, y había hecho inmortal su amor, poniendo entre dos almas una tumba.

J. ORTEGA MUNILLA

A MI HIJA MARIA (1)

Al pronunciar tu nombre, hija querida,
Puros están mis labios y mi alma;
Pasadas las tormentas de la vida
Miro ya al cielo con serena calma.

De cuanto amé y creí con fe y empeño
Sólo dos cosas en mi pecho abrigo;
Mi amor al bien, que fué mi primer sueño,
Mi amor a tí, que morirá conmigo.

Rendido alguna vez, jamás postrado,
Crucé del mundo la escabrosa senda,
Alta la sien, el pensamienso honrado,
No dócil al error y sí a la enmienda.

Nunca esperé ni aplauso ni memoria,
Ni demandé favor a la fortuna;
Los pobres lauros que debí a la gloria
Todos los arrojé sobre tu cuna.

Si de la edad venciendo los agravios,
Eres, como ángel hoy, mujer un día,
Oírás, contada por ajenos labios,
Una historia infeliz; esa es la mía.

Aspirar a lo grande y ser pequeño,
Amar la libertad y no gozarla,
Tener tan sólo la razón por dueño
Y al capricho del mundo encadenarla;

Vivir sujeto al afrentoso lazo
Que teje a veces la maldad triunfante,
Y ver unidos en estrecho abrazo
El odio ruin y la ambición gigante,

Tal fué mi vida, tal será la tuya,
Y ¡ay de ti si tu aliento desfallece!
Cuando mi noche terrenal concluya,
Cuando tu aurora celestial empiece!

Verás con miedo, como yo con ira,
Tomar el vicio de virtud el nombre,
Aplaudir la verdad a la mentira,
Hacer el hombre su escabel del hombre.

Verás de amor cubierta con el velo
La torpe liviandad ó el vil amaño;
Herencia del sufrir, el desconuelo;
Herencia del gozar, el desengaño.

Si esto sucede, y si la duda impía
Osa empañar tu corazón siquiera,
Abre este libro entonces, hija mía,
Donde cayó mi lágrima primera.

Abrelo, sí, y al recorrer sus hojas
En que pintarte quiso mi deseo
De los muertos placeres las congojas
Y de la vida el loco devaneo,

Piensa no existe entre sus hojas una
Que un consejo no guarde provechoso,
Y que es un buen consejo una fortuna
Que no suele tener el poderoso.

Piensa que con la fe todo se allana,
Que con la caridad todo se puede,
Que hay flor que al huracán resiste ufana
Y al blando soplo de la brisa cede.

¡Sentir, amar, creer! Aquí se encierra
Todo el secreto de la humana vida;
Quien cumple esta misión sobre la tierra
Puede esperar en calma su partida.

¡Por eso yo con efusión te estrecho,
Hija del alma! Te coloco al lado,
Y me duermo tranquilo y satisfecho
Como el atleta de luchar cansado.

(1873)

MANUEL DEL PALACIO

(1) Seguros de que no lo agradecerán nuestros lectores, publicamos esta hermosa poesía del ilustre poeta D. Manuel del Palacio, y la traducción de ella, hecha por un insigne escritor italiano.

A MIA FIGLIA MARIA

Se pronuncio il tuo nome, o figlia mia,
I labirri miei son puri e pura e' l' alma;
Scordo i dolor di questa vita ria
E miro il cielo con serena calma.

Di quanto un dí credetti e fido amai
Or, sol due cose mi racchiudo in petto;
L' amore al bene che primier sognai,
Quel che meco morrá, di te l' affetto.

Corsi del mondo lo scabro sentiero
Stanco tal volta, ma giammai prostrato,
Alta la fronte e' il nobile pensiero
Al mal ribelle, all' emendar parato.

Unqua il plauso sperai, n' una memoria,
Ne pur chiesi il favor de la fortuna;
E i pochi allor, che mi donó la gloria
Io li raccolsi ognor sulla tua cuna.

Si dell' età vincendo tu gli affanni
Angelo oggi, un dí donna, da stranieri
Una storia tu udrai di disinganni
Sarà la storia de miei di primieri.

Piccolo ed anelar al grande invano;
Libertade bramar, ne averla un' ora,
Ed al capriccio d' esto mondo insano
Legar ragion, sola di me signora.

Viver so' getto a ignominioso laccio
Che impone á volte l' empietà trionfante;
Veder uniti in uno stretto abbraccio
L' odio malvagio e' l' ambizion gigante;

Vissi così; simil tu avrai la vita
Ah misera! se in cor l' ardir vacilla
Quando la notte mia sarà compita,
Quando la aurora tua nel ciel sfavilla!

Vedrai paurosa, quel ch'io viddi irato
Prender il vizio di virtù l' orpello,
Plaudir il ver alla menzogna allato,
E farsi l' uom d' un altro uom sgabello.

Vedrai lascivia con inganno accórtó
Dal vel celata d' un pudico amore;
Ereditá del duolo, lo sconforto;
E quella del gioir, acre dolore.

Se ciò vedrai, é in tuo bel core, il rio
Dubbio penetrerà, diletta figlia,
Apri deh allor codesto libro mio
Dov' e' l' pianto primier delle mie ciglia.

L' apri, e nello sfogliar sue meste carte
Ve de morti piacer ebbsi desio
Pinger l' angoscie con difficil arte,
E della vita il folle vaneggio,

Pensa che tra esse non ve n' ha pur una
Dove non sia un utile consiglio,
E che esso, pel mortal, e' una fortuna
Negata a chi d' alto poter é figlio.

Pensa che sol da fe tutto si guida,
Che tutto puo che vuoi, la caridade;
Che l' orgogliosa fior che il riombo sfida
Al lieve soffio d' una brina cade!

Sentir, creder, amar, qui si rinserra
Tutto il segreto dell' umana vita,
Chi sa compir cotal missione in terra
In calma puo sperar sua dipartita.

Affettuoso per ciò, ti stringo al seno
Figlia dell' alma mia! posa al mio fianco,
Che contento pur io dormo sereno
Come l' atleta di lottar già stanco.

ALESSIO BESI.

Verona, 1882.

INOCENCIO

Permitidme esta digresión erudita. Sé lo que vale la erudición, aplicada á la vanidad. Una cita histórica, ó, si es posible, un distico de autor pagano, hacen sobre un párrafo sin ideas el mismo efecto que una condecoración sobre una levita sin pelo; le dan cierta respetabilidad que se impone al vulgo.

A pesar de ello, quizá porque no han llegado á saborear los refinamientos bibliográficos con que Dios recompensa á ciertos pobres de espíritu, hay gentes que aborrecen con todos sus cinco sentidos la erudición inútil.

La posteridad se ha mostrado siempre injusta con ella. ¿Por qué es grande el Dante, por qué su fama llena los siglos? No por suma de conocimientos, sino por el alto vuelo de la sublime fantasía. ¿Qué ha

quedado del Petrarca? El poeta, no el letrado. ¿Qué se celebra en Rabelais? La gracia desfachatada que por el ancho cauce de sus obras va confundida con un saber calificado de enojoso. Maquiavelo, menos docto que Panvinio, menos acaramelado que el elegante Bembo, inferior como humanista á cada uno de los famosos literatos que contribuyeron al esplendor del siglo de León X, es declarado genio por la profundidad y solidez del pensamiento. Erasmo, Porta y otros eruditos libraron de la oscuridad su reputación por el ingenio, como el náufrago de quien cuenta Boccaccio (en el mismo caso que los anteriores), que perdidas todas sus riquezas, y en peligro de perder con ellas la vida, se salva sobre una caja, que después aparece llena de ricas joyas. El errar la vocación, posponiendo unas facultades á otras, ha sido y es más general de lo que se cree, no sólo en aquellos que cultivan la memoria á costa del entendimiento, sino en otros que se extravían por sendas dificultosas. Entre los contemporáneos son de notar Balzac, emperrado en los negocios; Gavarni, matemático impenitente; Listz, entregándose con desenfreno á la filosofía especulativa, y muchos que callo para no incurrir en las iras de los *erudifobos*.

Confieso que las ciencias exactas y las naturales no halagan tanto la inclinación del erudito como las históricas, sacras y literarias, en cuyo conocimiento se puede fantasear y profundizar sin titánicos esfuerzos de la imaginación ó del intelecto. La aridez de la ciencia natural y de la exacta, no es de su agrado, porque le hace inquirir la verdad, mejor caminando por valles amenos y perfumados pensiles, que por angostas veredas abiertas en jarales ó peñascos. Ama la ciencia por lo que tiene de pasatiempo, al revés del sabio verdadero, que la rinde culto por sí misma y á pesar de su uraña condición. ¿Y qué mal hay en ello, si no se siente fuerte para resistir las veleidades de la hermosa?

Se hacen cargos al erudito porque coquetea con la ciencia, sin poner en ella los ojos por completo, aparentando así una naturaleza distinta de su modo de ser real. Se acrimina á los doctos del Renacimiento porque fueron católicos neoplatónicos y cabalistas á la vez; porque sus creencias pugnaron con sus principios filosóficos, y porque en ellos el fondo fué totalmente opuesto á la forma con que copiaron serviles los mitos de griegos y romanos. El brillante Pico de la Mirandola se desconsolaba cuando la punta de la oreja herética daba en asomar en cualquiera de las proposiciones que su pueril arrogancia sostuvo contra los sabios del tiempo.

Tampoco veo delito en semejante dualidad ó pluralidad, si se quiere, de caracteres. Algún defecto han de tener los eruditos, como hombres que son, y á los pasados ha de agradecerse el haber hecho de Cicerón el dios de la prosa, de Horacio el dios del verso, de un pedrusco desenterrado en el Foro la cuestión de las cuestiones, y de un pasaje oscuro en algún escritor griego tea de la discordia y germen de implacables enconos.

La posteridad, que inmortaliza al genio y respeta el talento, guarda sus desvíos únicamente para el erudito. Este fenómeno se explica por el disgusto que siente el hombre viendo cuán pequeña y cuán vana es la sabiduría terrestre, que cabe completa en el cerebro de un solo mortal, y á veces de un mortal adolescente, de este ó del otro sexo.

Sin hablar de los antiguos, porque su ciencia fué muy corta en relación al aparato de conocimientos con que se ufana la Era Moderna; prescindiendo de sabios como Vives, que sin pasar de los veintiséis años no había parte de la filosofía en que no estuviera singularmente versado, así como en letras y elocuencia; callando al Abulense, asombro del mundo y discutidor universal; omitiendo otros muchos, pertenecientes á diversas naciones y distintas épocas, que fueron estupefacción de sus contemporáneos, habré de recordar algunos casos en que la pasmosa erudición estuvo unida á la extrema juventud.

El suprascrito Mirandola poseía á los dieciocho años veintidós lenguas. Casandra Hedeke, también italiana, á los dieciséis, fué gran celebridad en filosofía, elocuencia, teología, historia, letras griegas y latinas, popular improvisadora, y notable en la música. De Fernando de Córdoba, doctor á los veinte en artes, medicina y teología, se maravillaron los sabios parisienses por lo versado que estaba en sagradas letras, en lenguas muertas y vivas; por lo vasto de su memoria, que retenía infinidad de autores sacros, paganos y modernos; por lo que sobresalió en armas, pintura y música; teniéndole unos por mago y otros por Antecristo. Menos de veinte, diecinueve años contaba un famoso madrileño (ni el nombre se conserva), que á principios del siglo pasado brilló por su precocidad, sosteniendo en Versalles, á la edad en que se inicia el uso de la razón en los niños, conclusiones

sobre varias ciencias, y explicando lugares difíciles de poetas antiguos y contemporáneos. El conde Algarrotti, en la misma centuria, fué prodigio de memoria y de verbosidad en su infancia, llegando á saber gran número de lenguas, á escribir innumerables versos, á tratar de múltiples materias, á sostener activa correspondencia con doctores y soberanos. Anibal Rinaldy, nacido en Damasco el 1844, y español adoptivo, ciudadano del mundo á los doce años, sabía á los diez, seis idiomas, incluso el de los sordo-mudos, mereciendo, por el progresivo aumento de su instrucción, el favor de varios monarcas, junto á la admiración de los hombres ilustrados.

Ahora bien: de tanto saber acumuladò en individualidades fenomenales como las citadas y como tantas otras parecidas, sólo ha quedado el vano renombre en polvorientos infolios de compiladores. Ni la ciencia, ni la literatura, ni las artes les deben un paso gigante; no dejaron tras sí aquellos individuos ninguna gran idea, ninguna célebre frase; no supieron crear, murieron estériles, y, por tan disculpable falta, las generaciones posteriores se muestran injustas con ellos, negándoles la apoteosis reservada á las mentes creadoras. Respetemos su fallo.

Inocencio López Arbués era el mayor humanista de cuatro jóvenes que, al aproximarse los tiempos revolucionarios, vivían en un modesto hospedaje de la villa y corte, calle de Zaragoza, esperando celebridad. El de más años, Cipriano, concluía su carrera de farmacia. Evaristo ambicionaba la gloria de poeta. Federico hacía á verso y á prosa. Inocencio, completamente imbécil, distraía á sus amigos y compañeros. El farmacéutico, gran violinista y compositor romántico, se daba á los goces de la mesa, puramente metafísicos, en una casa de huéspedes á diez reales diarios. El poeta ganaba un mezquino sueldo en la secretaría de Gobernación, aprendía violín con el anterior; estudiaba francés, italiano, los poetas modernos, nacionales y extranjeros; escribía dramas y recitaba con tono llorón en las tertulias excelentes composiciones y cantos de poemas que le habrían conquistado envidiable reputación si la muerte no le hubiera arrebatado en la flor de la juventud. Federico, empleado en una dirección de ferrocarriles, perdía la mayor parte del tiempo que le quedaba libre en devorar literatura, en rogar á Cipriano que tocara algún trozo de ópera, en admirar á Evaristo, y en reirse del estúpido Inocencio, con quien no pudo competir jamás hablando en latín.

El estúpido Inocencio, asegurada la vida merced á una pensión que le asignara su familia, residente fuera, tenía á Cipriano, tenía á Evaristo, tenía á Federico, alababa sus romanzas, poesías y artículos, les servía en todo y de cabeza, y al acompañarles por la noche al café se dejaba enseñar como un bicho raro á los amigos de sus amigos. Además improvisaba décimas y redondillas sobre cualquier tema, y con cualquier pie, maravillando á los circunstantes que le tenían por lo que en realidad era, por tonto de capirote. Muchas veces el sombrero de Inocencio, colocado en tierra, recogía las colillas de todos los fumadores de la mesa.

La facultad de improvisar era tan poderosa, tan rápida en él, que eclipsaba el recuerdo de Méry y el del mismo Regaldi, célebre improvisador nacido en Novara, que llamó la atención de los grandes círculos literarios en Italia, Francia, y Grecia, ensalzado por Víctor Hugo y Lamartine, y á quien Mme. de Girardin calificó en una de sus poesías de *errante como Homero y rubio como Apolo*. El pobre Inocencio ni era errante como el griego, ni rubio como el dios olímpico, antes al contrario, tenía amor á la querencia, y una abundante pelambrera negra, digna de su triste catadura. Lo que el depósito de la memoria es al talento original, creador, viene á ser la facultad de improvisar comparada con el estro del verdadero poeta: bien poca cosa. No es censurable, pues, que Inocencio fuera el hazmerreir de propios y extraños, sobre todo teniendo en cuenta los pocos años de quienes frecuentaban su trato.

Con todo su latín, con los textos de segunda enseñanza que tenía archivados en el cerebro, con su métrica eruptiva, figuraba siempre el infeliz muchacho en último término del cuadro casero. Cipriano, Evaristo y Federico, por la música, por la sumblidad, por el ingenio, eran á los ojos del alma y corpóreos del improvisador tres cumplidos caballeros, mientras que él era un escudero simple, admitido á la conversación y á la mesa por excesiva condescendencia de los otros. Así lo llegó á creer el humanista, dando á cada uno de sus amigos un dictado, como en las novelas caballerescas, y solicitando él humildemen-

te que se le armara caballero. Preparados los bártulos, una noche, puesta sobre la mesa del gabinete una aljofaina, sobre la aljofaina un roten, y sobre el roten una gabina vieja, pasó el bueno de Inocencio las horas nocturnas en continuos paseos por la habitación, mi entras los demás dormían, hasta que, rendido al romper el alba, se le encontró roncando villanamente sobre un baúl, descuido que le valió triple vapuleo, y el aplazamiento de su armadura para las Kalendas griegas. Continuó por tal inadvertencia llamándose Mendo, escudero del tardo paso y luengo gabán, *que alfombra de sus pies tal vez ha sido*, según un verso de Evaristo, sin omitir el tratamiento de vuesa merced con que designaba á los colegas de hospedaje, en privado y en público, con asombro ó risa de cuantos le oían.

Aunque las exigencias de aquel pequeño cenáculo no fueran grandes, ni punibles los vicios, en varias ocasiones hubo necesidad de acudir á medios extraordinarios para nivelar los gastos con los ingresos. Bien para aplacar la gula abstracta del maestro, que de ordinario pecaba con la intención, casi nunca de obra; bien para enriquecer con un autor la biblioteca del vate; ya para que el polígrafo se luciera en un lance de galantería, á la que se mostraba muy aficionado, diéronse varios casos en que Inocencio tuvo que cargar con una capa, con un reloj ó con el violín del discípulo (el de Epifanio era inviolable, un Guarnerius auténtico) y volver de la casa de empeño con la suma indispensable. De este modo el erudito llenaba su misión sobre la tierra, que es la de servir en menesteres de escasa monta al artista y al escritor.

Por cierto que una vez se vieron los cuatro en peligro de no comer á tiempo, por desaparición del violín. Evaristo tenía la costumbre de tocarle al caer la tarde, delante de un enorme libro con trozos escogidos. Lo mismo era vibrar las cuerdas del instrumento en el gabinete, interpretando un número de alguna ópera famosa, que disponerse la patrona á preparar en la cocina la sopa de los huéspedes. Al par que el espíritu de Evaristo se elevaba, y los de los circunstantes entraba en silencioso recogimiento, la temperatura del caldo se elevaba también; los fideos entraban en ebullición. Seguía su marcha majestuosa el trozo escogido, y seguan las almas perdiéndose en las cerúleas regiones del arte, igualmente que la pasta ensanchándose en el hervoroso líquido; mas cuando las cuerdas, heridas por el arco enérgico, lanzaban al espacio sublimes notas de inspiración potente, tocando ya los espíritus el límite infranqueable de la tendencia al infinito, la patrona conocía que se acercaba el principio del fin, separaba del fuego la sopa, llegada al límite de la decocción, y esperando á que se templaran almas y fideos, ponía la mesa después que sonaba la última vibración del instrumento. Por tal motivo, y sin tener en cuenta que era noche cerrada, la patrona olvidó preparar la sopa, una vez que el violín de Evaristo, bajo el *tabardo* de Mendo, acababa de cambiar de domicilio, sin despedirse de ella. Todos se impacientaban en el gabinete, las sombras de la noche caían lentamente sobre la ciudad, el comedor permanecía silencioso, y la patrona, distraída en la cocina, esperaba en vano la voz del violín. La comida pasó, por este contra-tiempo, á convertirse en cena.

La adulación, que lo mismo marea al sabio que al erudito, al hombre de entendimiento que al de memoria, consiguió que Inocencio se separase de sus amigos. Después de todo, habiendo sacado sobresaliente en cada asignatura del bachillerato; sabiéndose al pie de la letra varios textos, incluso los de matemáticas; sosteniendo ventajosamente diálogos latinos, y por añadidura improvisando á diestro y siniestro, queda justificado el separarse de tres botarates que, por ser artistas, poetas ó escritores de ingenio, se divertían á costa de tan notable fenómeno, y le traían como criado, debiendo ser el principal entre los demás por sus raras facultades.

Desgraciadamente, las raras facultades de Inocencio eran de tan difícil acomodo en esta sociedad moderna, que tuvo que abrir un despacho de poesía, contando para los malos tiempos con la pensión de su familia.

El improvisador se dedicó á escribir declaraciones amorosas, felicitaciones por natalicios, epitalamios, solicitudes, acrósticos y demás piezas de la métrica popular, por corto estipendio, y la mayor parte de las veces cobrándose en especie sobre la mesa de un café.

A la entrada del portal de su casa ponía siempre un anuncio declarando la profesión que abrazara, con las señas del domicilio para que no hubiera falencia alguna. En esto surgían sus dificultades, pues indefectiblemente debían entrar en los versos del cartel el nombre y apellidos del vate, con el nombre de la calle y números de la casa y

piso; pero quedaban vencidas, gracias á la expedición del memorialista rimado. Con intercalar, amén de los rípos de ordenanza, preposiciones y otras partes de la oración, salía airoso del compromiso.

Para muestra, allá van esos botones:

En la calle que llaman de Fomento,
veinticinco, segundo, interior,
hay un vate que escribe de encargo
peticiones y versos de amor.

No dejéis de subir á su casa,
es afable, pulido, cortés,
y se llama, por si alguien lo ignora,
Inocencio de López y Arbués,

En la calle del Oso,
siete, tercero
de la izquierda, funciona
la agencia en verso.
De nueve á seis.
Inocencio de López
y hasta de Arbués.

Este adverbio, que leyeron con escándalo cuantos entendían de achaques de rima, y acertaron á pasar por la calle del Oso, simbolizó mediante la supresión de la primera letra, convertida ya en sustantivo, el porvenir de Inocencio. A fuerza de escribir declaraciones amorosas, el memorialista se enamoró de una prójima que costó para afuera, la cual habitaba un cuartito sobre el despacho de aquel.

Con toda la inocencia de su nombre de pila, con la seguridad que da la instrucción, con la ceguera del que en este mundo no ha hecho otra cosa que aprender en los libros la letra que mata, sin empaparse del espíritu vivificante del libro de la vida, Inocencio se casó con la primera mujer que le deparó su mala suerte. Juntos se comieron la escasa asignación del cónyuge, quien, por decoro matrimonial, cerró la fábrica de versificación.

Vivió luego poco menos que en la miseria, sumiso á la voluntad de su mujer, resignado como buen humanista, y hasta llegó á escribir una octava real sobre lápida marmórea, conmemorando las virtudes de la esposa el día infausto en que ella le precedió al eterno descanso.

¡Pobre Inocencio!

F. MOJA Y BOLÍVAR.

SONETOS

I

CARIDAD DE ULTRA-TUMBA

Don Rufo, aquel varón en cuyo pecho
Jamás la compasión halló morada,
Que nunca socorrió miseria honrada
Ni obró una vez sin material provecho;
Lívido estando en su angustioso lecho
Y el fin al ver de la mortal jornada,
Su fortuna, á los míseros negada,
Temeroso les da, no satisfecho.
¡Forzosa caridad! ¿Quién no le admira?
Da sus bienes, ¡hazaña meritoria!
Porque, haciendo virtud del egoísmo,
Piensa que sobre el cielo así los gira
En letras pagaderas con la gloria,
Y extendidas á cargo de Dios mismo.

II

LA PREDICACIÓN Y EL EJEMPLO

Cándidas almas do virtud anida,
¡Temed la sociedad, huid el mundo!
¡Oh, cuán pocos, del pecho en lo profundo
Conservamos la fe, luz de la vida!
¡Triste edad en que el hombre á Dios olvida
Víctima siendo del placer inmundo!
¡En que aja el sentimiento pudibundo
Una raza orgullosa y descreída!
¡Oh ausencia del pudor y del recato!
¡Oh tiempos dignos del celeste fuego
Con que abrasó Jehová á Sodoma impía!
Así dijo Don Justo: á poco rato
Pasó unas horas en ruinoso juego,
Y se marchó á una oculta mancebía.

PABLO ORDAS

EL CARNAVAL (1)

I

Hay gentes que tienen en la uña el almanaque y saben en qué día preciso entran y salen las estaciones, cambian las lunas y caen tales ó cuales santos, éstas ó las otras fiestas. Yo tengo la felicidad de olvidar fácilmente todo lo que me importa poco, y como entre otras cosas se encuentran en el número de éstas los detalles del Calendario, de aquí, que la mayor parte del año estoy como los niños inocentes en el limbo, sin saber el día ni la hora en que me encuentro.

Para mí es primavera cuando el aire templado y suave trae á mi oído armonías extrañas envueltas en el perfume de las primeras flores, y otoño cuando al pasear por entre las largas alamedas el ruido especial de las hojas amarillas, que crujen bajo mis pies, me llena el alma de un sentimiento melancólico é indefinible. Si el viento de Guadarrama me enrojece la punta de la nariz, exclamo endesándome el gabán de más abrigo: ¡Diantre, sin saber cómo ni por dónde se nos ha entrado el invierno! y si, por el contrario, el calor me obliga á aflojar el nudo de la corbata, ya no me cabe duda de que el estío comienza á dorar las mieses y á tostar los hombres.

Hay, sin embargo, dos solemnidades ó fiestas, ó como se las quiera llamar, en el año, que nunca pasan desapercibidas para mí, porque á semejanza de las golondrinas que anuncian la estación templada con su vuelta, las preceden ciertas señales características. Estas son el día de difuntos y el Carnaval.

No sé precisamente en qué estación ni en qué mes, pero ello es que hay un día en el año que al pararme distraído delante de una de esas lujosas anaquelarias de la Carrera de San Jerónimo, allí donde otras veces me he detenido á contemplar uno de esos adornos de flores y de plumas destinado á ornar la espesa cabellera de una dama elegante y hermosa, y á besar con sus flotantes cabos de cintas sueltas su redonda espalda ó su seno mal cubierto por un encaje finísimo, me encuentro con una corona de pálidas siemprevivas, en cuyo centro y entre un diluvio de lágrimas de talco dice con letras de oro y dos colosales signos de admiración: ¡A mi esposa!

La fiesta de Todos Santos se aproxima, digo entonces entre mí, los mercaderes de la muerte comienzan á sacar á luz la bisutería del dolor.

En otras ocasiones, vagando al azar por las calles, comienza á sorprenderme un espectáculo extraño.

Me parece que entre las gentes que circulan á mí alrededor, y sobre las cuales arrojo á intervalos una mirada distraída, se mezclan seres sobrenaturales y deformes, y de cuando en cuando veo aparecer una cara de tafetán celeste que me mira con sus ojos huecos, una nariz colosal que me sale al paso como cerrándome el camino ó una cabeza fantástica que me hace visajes horribles desde el fondo oscuro de una tienda de tiroleses. Al apercibirme de que aquellas visiones no son otra cosa que caretas que en largos festones de mamarrachos orlan la entrada de los establecimientos públicos, exclamo, cayendo al fin en la cuenta del mes en que me encuentro: Ya tenemos al Carnaval en planta; los traficantes de la locura comienzan á vender los pasaportes de la despreocupación.

En este caso me encuentro hoy: de manera que debiendo escribir un artículo de actualidad para *El Museo* ninguno me ha parecido más á propósito que éste. En consecuencia he puesto el título en la primera cuartilla, y dejando correr la pluma he llegado al fin de la primera parte. Vamos á otra.

II

La época del Carnaval ha pasado. El Carnaval parece que parodiaba en el mundo moderno la costumbre que en el antiguo permitía á los esclavos en ciertos días del año jugar á los señores y tomarse con éstos todo género de libertades y licencias. En la Venecia de los tenebrosos Consejos, de los *plomos* y del *punte de los suspiros*, en la Roma de los Borgias, en cualquiera parte donde el pueblo ha vivido sujeto por una mano de hierro á un poder más ó menos tiránico, se comprendía esta periódica explosión de libertad y de locura. La política y el amor pedían prestado su traje á Arlequín, y al alegre ruido de los cascabeles del cetro del bufón, urdían la trama de su novela sangrienta ó sentimental. La aparente rigidez de las costumbres, el

(1) Este notable artículo no está comprendido en las obras coleccionadas del inmortal poeta Becquer.

aislamiento del hogar, el carácter propio de la época hacían necesarias esas noches de luna velada por nubes, de rostros ocultos con antifaces, de algazara popular y de misterios, en el Corso y en Rialto. En este siglo de *meetings* y de comités, de Teatro Real y de temporadas de baños, en este siglo de periódicos y de *soirées*, de Congreso y Fuente Castellana, de paseos matinales y de conciertos nocturnos; en que durante todo el año cada cual es tan extravagante como le parece, se viste con el mamarracho que mejor se le antoja y hace en todos sentidos el más libre uso de su autonomía, ¿qué objeto tiene el Carnaval? ¿Qué nos dirá hoy una mujer en el baile por debajo de la flotante barba de su careta de raso, que no nos lo haya dicho otra ayer en un palco de la ópera por entre las doradas varillas de su abanico de plumas? ¿A qué nos atreveremos en el bullicio de la orgía, con la cara tapada, que no nos hayamos atrevido en el silencio del perfumado *boudoir* con la cara descubierta? Para desenvolverse, para conspirar ó para lanzarse ¿necesita por ventura alguna idea del discreto antifaz ó del misterioso dominó?

La política y el amor han tirado ya los andadores; la Revolución y el *Cancún* se pasean de la mano por la plaza y los salones públicos: el Carnaval no tiene razón de ser. Y sin embargo existe. Como las willis, esas fantásticas apasionadas de la danza, se levantan al filo de la media noche para bailar en silenciosa ronda en derredor de los sepulcros, el Carnaval sale todos los años de su tumba envuelto en su haraposudo sudario, hace media docena de piruetas en Capellanes, en el Prado y el Canal y desaparece. Sus escasos prosélitos se agitan durante esos días guiados por intereses distintos; para estos el Carnaval es una cuestión de *toilette*, para aquellos una especulación, para los otros una borrachera con el derecho de pasearla al aire libre.

III

La aristocracia en sus bailes de buen tono comienza por desterrar la careta ó no permitir la sino hasta cierta hora de la noche. Hasta aquí la aristocracia es lógica. En otras épocas, cuando todos se conocían perfectamente y sabían hasta el abolengo de cada persona medianamente visible, era una gracia no conocerse en esta ocasión. Hoy que todo se ha mezclado en la Babel social, el verdadero chiste consistiría en podernos conocer unos á otros siquiera un par de días al año.

Suprimida la careta la idea filosófica que preside á la fiesta del Carnaval cae por su base y queda reducida á un pretexto. Se trata de conceder más libertad á la modista en un momento dado, de ensanchar el círculo de los caprichos de la *toilette*, de poderse permitir combinaciones de telas, colores, joyas y adornos vedados en otra ocasión por las inflexibles leyes de la moda. Considerando la cuestión bajo este punto de vista podría decirse que, aunque en detalles, el Carnaval llena aquí su objeto. La moda es una tiranía: prescribe el color, la forma y las dimensiones del traje de nuestras damas. Rubias y peli-negras, morenas y blancas, altas y bajas, delgadas y gordas, tienen que doblar la cerviz á su yugo y conformarse con sus preceptos hasta que llega el Carnaval. Entonces la valla se rompe en mil pedazos. Se dispone un baile de trajes en casa de la duquesa de C*** ó de la condesa de H***: una legión de modistas, peluqueros y doncellas de labor se pone sobre las armas; las cajas de marfil ó de ópalo del elegante tocador dejan ver los tesoros de perlas y piedras preciosas que contienen; por los muelles divanes caen descuidadamente tendidos los pliegues de las más vistosas telas; el raso, el terciopelo, el brocado de metales, la leve gasa azul salpicada de puntos de oro y semejante al estrellado cielo de una noche de estío. Hay libertad completa para elegir. La falda puede ser larga ó corta según lo permita la pierna: el descote alto ó bajo en razón á la osteología de los hombros: el pelo empolvado ó al natural, con arreglo al color de la tez. El oro, los diamantes, el tisú, las plumas y las perlas en montón, que otro día pudieran parecer ridícula exhibición de riqueza, parecen entonces como artículos necesarios. El Carnaval ha abierto las compuertas de la vanidad, y el lujo y el capricho pueden por un momento derramarse en oleadas de luz y de oro, de diamantes y de seda, de gasa y de flores por el aristocrático salón del baile.

Y á esto queda reducido el Carnaval en el dorado círculo de la sociedad elegante. A una vistosa majadería.

A renglón seguido nos sale al paso, vestida de tafetanes mugrientos, de percalina roja, de cintas ajadas y de falsos oropeles, la turba de máscaras que durante el día llena las calles de discordes músicas y á la noche dejando desiertas las buhardillas y los sotabancos de Madrid, corre frenética de Paul á Capellanes, de *La Esmeralda* á *La Lira* de

Oro. Y he aquí al pobre Carnaval sirviendo de pretexto y tapadera. Tal estudiante de veterinaria, que no se creería con valor para coger una guitarra y sentarse á la puerta de una iglesia en los tiempos normales, llega el Carnaval y se abraza á un figle monstruoso y pide limosna á trompetazos. Tal otra deidad, que ayer desplegaría, por aparato, una serie de resistencias y negativas en el dintel del ambigü de Capellanes, hoy, á falta de otra cosa, aceptará en Paul un panecillo y un chico de cariñena. Esos infelices que mústios y fatigados se estacionan en las esquinas vestidos de pajecillos ó de marineros y tienden la pandereta á los balcones, no buscando una sonrisa, una flor ó un furtivo y perfumado billete de una hermosa, sino una pieza de venticinco céntimos; esas pobres mujeres que han escatimado de su más que frugal almuerzo la media docena de reales del alquiler del dominó y bailan entre una atmósfera de polvo y de miasmas mefíticos, con el estómago ayuno y el pensamiento puesto en el todavía problemático bisteak con patatas; toda esa turba de gentes que se mueve alrededor del Carnaval como en torno á un negocio, más que otra cosa inspira compasión. Ni su música divierte, ni su danza fascina, ni sus bromas agradan. Como la nota pedal del piano en una atronadora sinfonía, en el fondo de toda esa algazara, esa animación y ese bullicio, se oye monótona y constante una palabra que en vano trata de disfranzarse: *Miseria!* La careta en estas ocasiones es como la placa de metal, y el número que autoriza á implorar la caridad pública sin temor de ser llevado á San Bernardino.

Pero dejemos los aristocráticos salones donde el lujo moderno realiza los prodigios de las mil y una noches; dejemos las calles de la villa del Oso por donde discurren amenazando el bolsillo las mascaradas pedigüeñas, y el ambigü de Capellanes, donde las ajadas bailarinas y sus estenuadas é inverosímiles madres, en presencia de un helado ó de un pastel, suspiran y sienten que no haya en la lista pucherero; dejemos en fin el Prado, teatro de las desgracias de los tontos con diploma, que se pasean vestidos de mujer con cierta coquetería, y trasladémonos á la pradera del Canal. Una larga fila de gentes que se enrosca por entre los raquíticos árboles del paseo, llamado irónicamente sin duda, de las Delicias, nos encaminará al punto á que acuden como citados por un edicto oficial las tradicionales acompañantes del famoso entierro de la sardina, ya perteneciente á la historia. El Rastro parece que se ha salido de madre y desbordado por las calles vecinas á los portillos de la Ronda inunda la pradera con un océano de telas mugrientas, trajes haraposos, guñapos y objetos sin formar color ni nombre, que aún conservan la señal del gancho del trapero como la etiqueta del almacén de donde proceden. Esta es la masa inconsciente que forma bulto en todas las grandes fiestas, los comparsas obligados de las romerías y las solemnidades. Aquí el turco indispensable, aquí la cantinera, el que llama *al higit* y los mamarrachos de toda especie circulan y se agitan, van y vienen, riñen y se abrazan, corren ó se revuelcan en el más amable desorden. Los felpudos, las esteras viejas, el lienzo de embalar y el papel son las telas más á la última en esta grotesca danza, donde en vez de dijes de oro, plumas de color y piochas de brillantes, lucen cacerolas y aventadores, escobas y aceiteras, ristras de ajos y sartas de arenques. El Ambigü se halla establecido al aire libre; el escabeche abunda, la frita no escasea, los callos son el plato de entrada de rigor, el vino se vende en los propios carros que lo han traído de las llanuras manchegas y se traslada al estómago desde el pellejo original. El Carnaval de la pradera, es, sino una noche, un verdadero *día de Walpurgis* con sus rondas infernales, sus visiones horribles, sus carcajadas estridentes, su confuso vocear, su abigarrado conjunto y su confusión indecibles. Baco, en otro tiempo, no recorrería con más gusto la India en su carro de triunfador, que hoy pasea en el Carnaval su tirso de pámpanos por entre estos animados grupos que le rinden adoración con sus frecuentes libaciones. Sileno creería encontrarse en un coro de monjas, si las antiguas bacantes resucitaran para ocupar el lugar de las vinosas deidades que allí le circulan.

Tal es el Carnaval de Madrid. Así revolcándose entre el légamo de la vanidad, las necesidades y el vino, agoniza en medio de la atmósfera del siglo XIX, por falta de aire que vivifique sus pulmones, el Carnaval de la tradición de la historia. Derramemos una lágrima á la cabecera de su lecho de muerte y preparémonos á poner el inútil antifaz y el cetro de cascabeles sobre su tumba.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

LA LUZ EDISON

Hace pocos meses que un sabio eminente, D. José Echegaray, publicaba preciosos artículos en *Los lunes de El Imparcial*, sobre la electricidad en sus distintas formas y aplicaciones: muchos periódicos después se han ocupado de esta importantísima parte de la física moderna, con motivo de algunos ensayos de alumbrado eléctrico, y otro periódico, *El Globo*, publica a la sazón trabajos encaminados a hacer popular el estudio de la electrología ó electricidad en general; nada nuevo podríamos añadir en tal sentido.

Nuestro objeto es presentar de una manera concisa el sistema completo de alumbrado eléctrico debido a la fecunda inventiva del célebre físico americano Tomás Alva Edison.

Existe inmensa diferencia entre los sistemas ensayados y el de Edison, que aunque hace poco días se ha hecho también en Madrid la prueba con gran éxito bajo la dirección del entendido ingeniero francés Mr. Quatrayaux, no ha podido ser esta todo lo amplia que la demostración del sistema exige, por carecer de un vasto edificio, capaz por sus dimensiones para hacer un verdadero ensayo con sus motores especiales, generadores, conductores, cajas de empalme y resistencia, acumuladores contadores y todos los tipos y aparatos de lámparas, a la vez que la prueba práctica de su nuevo invento, que consiste en repartir la electricidad á domicilio, para ser aplicada como fuerza motriz ú otros usos, además del alumbrado.

Los sistemas de alumbrado eléctrico hasta hoy ensayados en Madrid, no son completos ni de un mismo autor; así puede observarse en el Ministerio de la Guerra, alumbrado por la compañía española de electricidad, que los motores no son de construcción especial, que los generadores son de Gramme y Siemens, las lámparas de arco voltaico de Gramme, las incandescentes de Maxim y Swan, y otros mil detalles cogidos de aquí y de allí entre los que pudiéramos citar alguno de Edison.

El sistema que Edison tiene establecido en Menlo Park, Estados Unidos, es el sistema modelo, porque las sucesivas mejoras que va introduciendo es imposible aplicarlas en el instante en todas las capitales que se utiliza esta clase de alumbrado.

Bastará para dar una pequeña idea de estos perfeccionamientos sucesivos el número de patentes de invención que tiene solicitadas en todas partes, pues es seguro que pasan de cuarenta las expedidas á su favor por nuestro Ministerio de Fomento, y no están presentadas seguramente todas las que ya tiene funcionando en su residencia de Menlo Park.

Edison ha tomado como tipo para el alumbrado eléctrico por lámparas incandescentes, para sustituir al gas, en los usos domésticos, oficinas, teatros, comercio etc., el de 16 bujías (1,72 Carcel), representado por una lámpara que designa con la letra A.

Hacia falta, para sustituir los pequeños mecheros de gas, otra lámpara de menos intensidad; con este objeto ha construido una de ocho bujías (0,75 á 1 Carcel), designada con la letra B. Además tiene otros dos tipos de 10 y 32 bujías; pero las más usuales hasta hoy son de 8 y 16 bujías respectivamente.

La lámpara Edison se compone de un filamento de bambú carbonizado, en forma de U invertida, encerrado en una ampolla de cristal, donde se ha hecho el vacío, sellándose después herméticamente el globo; una corriente eléctrica, que se hace pasar en el momento de efectuar esta operación, sirve para purificar y extraer todos los gases de la materia carbonizada.

Los conductores establecen la corriente con el filamento de bambú por medio de dos alambres de platino que pasan por el zócalo de la lámpara y se unen á los extremos de aquél; al pasar la corriente eléctrica por el filamento, éste adquiere la incandescencia y produce la luz.

La duración del filamento carbonizado es de 7 á 8 meses, ó sea unas ochocientas horas de alumbrado; la luz es fija; su color, que no varía nunca, es casi igual á la luz del sol, siendo completamente inofensiva á la vista.

La superioridad que tienen las lámparas incandescentes sobre las de arco voltaico, que son las más conocidas hasta el día, consiste en que el foco luminoso que producen estas últimas es de tal fuerza que no pueden utilizarse sino para iluminar grandes espacios, y esto encerrados en globos de cristal raspado; su color blanquecino y azula-

do daña á la vista, proyectan sombras oscuras y no puede evitarse la oscilación que causa el movimiento de los carbones.

Los brazos, arañas, lámparas de mesa y de oficinas sistema Edison, son de formas elegantes y análogas á los empleados para el gas. Cada lámpara se halla provista de su llave para apagarse ó encenderse á voluntad.

Al verificar una instalación, pueden utilizarse los aparatos de gas que hubiere en el edificio con sólo atornillar sobre ellos las lámparas eléctricas; éstas pueden colocarse en cualquier posición, arder dentro de agua ó entre cualquier materia. No desprenden gases sulfúreos, que tan nocivos son á la salud, ni perjudican las pinturas y decorado de las habitaciones.

Finalmente, la lámpara Edison, entre sus inestimables ventajas, tiene la de no producir calor alguno.

La canalización para tender los hilos conductores es sumamente sencilla; su profundidad no excede de un pie, pues como no hay temor á explosión ni accidente de ningún género, sólo se procura evitar trabajo en la excavación; los conductores son de cobre; su forma semicilíndrica; se encierran en tubo de hierro, y se separan entre sí por medio de una materia aisladora.

Los conductores más gruesos no exceden de 8 centímetros; éstos se hallan en las inmediaciones de la estación central. A medida que se alejan de ésta y disminuye el número de lámparas, se emplean conductores más y más delgados, como en toda clase de tuberías ó canalizaciones.

Los conductores dentro de las casas son sencillos alambres de cobre, revestidos de una materia aisladora y absolutamente incombustible, evitando así que aun en el caso de que por cualquier motivo la corriente fuera muy intensa, pueda haber incendio ni daño alguno para las personas, pues un niño puede jugar con los alambres, sin experimentar la más ligera sensación.

Para mayor seguridad, Edison ha inventado un corta-circuito muy ingenioso, que consiste en un pequeño hilo de plomo, colocado en las cajas de empalme, que ahora describiremos. Este hilo de plomo forma parte del conductor, estableciendo la continuidad; si la corriente es demasiado intensa, puede ocurrir que con el calor desarrollado, llegara á producirse un incendio dentro de las casas, por el calentamiento de los conductores sobre algunas partes del maderamen de estas, ó bien sin llegar este caso, que por el calor producido dentro del tubo en que se hallan encerrados los conductores, lleguen á confundirse las corrientes positiva y negativa, debilitando la que debe alimentar las lámparas.

El corta-circuito evita estos peligros, porque como el hilo de plomo es sumamente débil, se funde en seguida (á 300 grados) cortando la corriente, y esta alteración es conocida en el momento en los reguladores de la estación central.

Las cajas de empalme son de metal, y se hallan colocadas de manera que sus tapas estén al nivel de la acera; estas cajas se hallan distribuidas en los cruces de calles y en las puertas y pisos de las casas donde está establecido el alumbrado: en cada una hay un corta-circuito, ya descrito, para evitar todo peligro dentro de los edificios, toda vez que el corta-circuito está establecido entre el conductor principal y los pequeños conductores de cada casa. Esta caja se halla en parte llena de una materia depositada en estado semi-líquido, que una vez endurecida, evita toda la humedad que á través de la tapa pudiera producirse por la lluvia ó por las aguas vertidas en la calle.

El mecanismo empleado para la bifurcación de los hilos, sin que se interrumpa la continuidad, es por demás ingeniosa y sencilla, pero imposible de describir con claridad sin ayuda de dibujo.

La máquina dinamo-eléctrica, está formada por dos electro-ímanes perpendiculares, girando entre sus polos una bobina ó armazón, (empleamos el tecnicismo de Edison), puesto en movimiento por la transmisión de fuerza desarrollada por una máquina de vapor ó un motor hidráulico ó de gas.

Esta bobina se compone de un alambre de cobre arrollado longitudinalmente sobre un cilindro, cubriendo toda su superficie; los dos extremos libres del alambre se unen entre sí, de manera que toda la bobina forma un solo circuito cerrado.

Si el mecanismo no consistiera más que en lo descrito, no habría corrientes, pues las que se engendrarán en cada uno de los polos, serían dos á dos iguales y en sentido opuesto, sin que ninguna saliera al circuito exterior, por confundirse dentro de la misma máquina. Edison

ha salvado esta dificultad, inventando un conmutador, que consiste en un cilindro mucho más pequeño que el que acabamos de describir, colocado en el mismo eje y en su prolongación, compuesto de unas barritas de cobre aisladas unas de otras, pero unidas cada una á uno de los discos de cobre de la bobina.

A cada lado de este conmutador se halla establecido un *peine* ó *cepillo* de cobre que forman los extremos del circuito exterior; al girar el cilindro, estos peines se ponen en contacto constante con las barritas de cobre de que aquel se compone; esta operación hace que las dos corrientes de la bobina, que eran opuestas una á otra, se confundan en una y salgan á los conductores, en lugar de paralizarse mutuamente.

Si bien puede emplearse cualquier clase de motor para poner en acción la máquina dinamo-eléctrica, Edison ha inventado una máquina de vapor combinada con su generador, habiendo conseguido con esto utilizar el 94 por 100 de la fuerza neta engendrada por su motor: de esta manera sólo se pierde el 6 por 100, que unido al 10 por 100 de pérdida máxima en los conductores, da un resultado utilizable para la luz del 84 por 100 de la fuerza desarrollada.

Pasemos á describir el regulador y el contador, que forman una parte muy importante del sistema Edison.

El regulador es una caja cuadrada de madera; en la tapa superior y en su centro tiene una esfera numerada con un manipulador análogo á los del telégrafo Breguet; por la parte interior de esta esfera y de los números ó puntos de contacto, arrancan alambres que van á unirse en distintos puntos á otro arrollado en espiral sobre un cilindro de madera que se encuentra en el fondo de la caja. El regulador se interpone en el circuito en la estación central. Haciendo girar el manipulador en los distintos puntos de la esfera, la corriente pasará por mayor ó menor cantidad del alambre arrollado en espiral sobre el cilindro, modificando, por consiguiente, en el sentido que se desee, la resistencia del circuito.

El Sr. Edison ha perfeccionado posteriormente este regulador, y hoy la misma máquina dinamo-eléctrica regula la corriente.

El contador se compone de un frasco de cristal lleno de una solución de sulfato de zinc; cada abonado tiene en su casa su contador con el mismo objeto que los contadores de gas, ó sea para determinar al fin de cada mes la cantidad de electricidad consumida.

En la solución de sulfato de zinc se sumergen dos placas de zinc de peso conocido, uniéndose un conductor cada una de estas placas. El paso de la corriente hace que una parte del metal de la placa positiva se disuelva, depositándose sobre la negativa exactamente la misma cantidad. Pesadas estas placas á fin de cierto tiempo (cada mes por ejemplo), su diferencia de peso dará á conocer la cantidad de electricidad surtida al abonado durante dicho período, y como la fuerza electro-motriz siempre se ha mantenido constante por medio del regulador, esta cantidad de electricidad guarda proporción con la cantidad de energía consumida.

Un detalle original de este contador: corríase la contingencia de que el excesivo frío helara el líquido contenido en el frasco, y entonces quedaba cortada su acción; para evitar este inconveniente, Edison ha colocado debajo del contador una lámpara tendida, sobre la cual existe una planchita compuesta de dos metales (cobre y zinc), de dilatación diferente: á medida que la temperatura baja, la plancha se contrae, y en el momento en que llega á 0 grados, toca un botón colocado en el zócalo de la lámpara y establece el contacto: la lámpara se enciende y da bastante calor para impedir la congelación del agua. Al elevarse la temperatura, la plancha vuelve á tomar su posición normal, cesa el contacto y la lámpara se apaga.

Algunos detalles dejamos por apuntar, porque si no sería interminable este artículo; y sólo como de pasada, vamos á dar una pequeña idea, para terminar la parte descriptiva, de otro gran paso dado por Edison; este se refiere á los grandes acumuladores ó depósitos de electricidad.

No se ha llegado aún á poder conservar la electricidad como se hace con el gas en el gasómetro; pero las recientes pruebas que Edison ha hecho sobre este asunto, han demostrado que en breve se obtendrá este resultado.

Para acumular la electricidad, basta disponer de las pequeñas corrientes de agua perdida durante la noche, que ponga en acción un generador, y la electricidad desarrollada se deposita en un acumulador. De las pruebas resulta conseguido en gran parte lo que se desea, y quizá en estos momentos sea un hecho en Menlo Park el depositar

la electricidad; y logrado esto, no hay para qué decir la grandísima baratura que se alcanzará con la economía del carbón, hoy bastante caro.

Descrito ya el sistema completo, vamos á tratar la cuestión más importante, que es su coste. Hace días que al dar cuenta del ensayo llevado á cabo en Madrid decía un periódico: «la luz eléctrica es preciso estudiarla por debajo, es decir averiguar su coste, en relación con sus gastos, porque claro está que lo bueno cuesta caro, pero no tanto que sea imposible hacer uso de ello:» muy bien dicho, pero por esta vez no resulta cierto, que lo bueno cuesta caro; porque á las inmejorables condiciones que reúne este sistema de alumbrado, hay que agregar su baratura, y vamos á demostrarlo.

Si tener en cuenta la manera sencilla y económica de depositar la electricidad aprovechando las corrientes de agua perdida, u otra pequeña fuerza motriz, que hará indudablemente bajar el precio de la luz, podemos asegurar que, excluyendo los gastos de instalación, pero incluyendo la amortización del material, el precio sería un 45 por 100 más barato que el gas en España.

Yo abrigo la esperanza de que pronto hemos de ver instalado en esta capital el alumbrado eléctrico Edison, pues ya que no tengamos entre nosotros ningún español que pueda competir con Edison no hemos de cerrar nuestras puertas á inventos de tan reconocida utilidad para el comercio, para el teatro, y para el embellecimiento de Madrid.

Decía que entre nosotros no tenemos ningún competidor de Edison, y desgraciadamente es cierto. Los pueblos, ha dicho un gran estadista, tienen los Gobiernos que se merecen. Parodiando esta gran verdad, podríamos decir nosotros: Los capitales españoles están á la altura de sus industriales y mecánicos.

Cierto que nuestro carácter meridional y nuestra habitual holganza no se presta á los estudios y pacientísimas observaciones tan necesarias para penetrar en los secretos de la física; pero no es menos cierto que si la casualidad hiciera nacer entre nosotros un genio tan colosal como Edison, no encontraría un perro chico para ensayar sus inventos.

Pero en América, ¡ah! Edison ha visto coronados por el éxito todos sus inventos: allí se han organizado en seguida grandes compañías que han puesto una fortuna fabulosa á disposición de un loco.

Si, porque no me cabe duda, Edison es un verdadero loco, con la diferencia de que así como hay locos destinados á hacer sufrir á las personas que les rodean, Edison ha sido destinado á iluminar el mundo; pero no de una manera fantástica é ilusoria, sino real y positiva.

No exagero, Edison es un monomaniaco cuya vida original se presta á la anécdota tanto más que la de aquellos sabios que con tan vivos colores nos pinta Julio Verne en sus obras cómico-científicas.

Para poner término á estas mal hilvanadas líneas voy á relatar uno de los episodios cómicos que retrata de mano maestra al ilustre inventor americano.

Tomás Alva Edison, en uno de esos momentos raros en él, en que dejaba de pensar en las bobinas electro-ímanes y esas mil llaves y contrallaves de sus inventos, se enamoró perdidamente de una linda *lady*; en momentos perdidos, como diríamos nosotros, siguió sus relaciones, y también en un momento pensó en casarse; designó día, invitó á sus amigos y llevó á cabo su enlace; pero en el acto más importante de la boda para los convidados, en aquel en que iban á sentarse á la mesa, se nota la ausencia de Mr. Edison.

Figurémonos los apuros de Mrs. Edison y de todos los comensales; no está en el salón, ni en el jardín, ni en ninguna parte; nadie le había visto. Después de una hora de preguntas, suposiciones y requisitorias se acuerda un amigo del gabinete de estudio, corre al sitio y se encuentra á Edison en traje de ceremonia, moviendo ruedas y ensayando sus aparatos.

Se le había ocurrido una idea, y sin perder momento había corrido á ponerla en práctica.

Ni aun en aquel día solemne había abandonado Edison sus locuras.

LUIS TRIGUEROS

NOVENTA Y TRES

(DE AUGUSTO BARBIER)

I

Un día memorable en que el Estado
Cual bajel secular
Durante largo tiempo fatigado
Por la ola popular,

Sin timón y sin mástiles vagaba
Sobre un mar borrascoso
En que el escollo trágico se alzaba
Con siniestro reposo;

Y al viento del Terror con hondo duelo
En la ancha inmensidad
A zozobrar corría—hija del cielo—
La santa Libertad;

Los reyes de la Europa consternada
Ante el naufragio atentos
Ansiaban que la masa destrozada
Quedase por los vientos.

Pues temían que al dar contra la orilla
Aquel bajel de enconos,
Al choque retronante de su quilla
Polvo hiciera los tronos.

Cual piratas que acechan una presa,
Con gozo delirante
Atacaron de espalda y por sorpresa
Al coloso flotante;

Mas éste, aun desgarrado por la ola
Se alzó sobre su quilla
Con sola una esperanza, un alma sola
Que la traición no humilla.

Con un pueblo de héroes esforzados
Erizó sus troneras
Y encendiendo sus rayos desarmados,
Tendiendo sus banderas

Gritó á sus bravos hijos: «¡Adelante
Contra el déspota odioso!»
Y la Francia, agitada un solo instante,
De nuevo halló el reposo.

II

¡Noventa y tres gigante! ¡Año sagrado!
¡Gran sombra coronada
De laureles y sangre! del pasado
No alces la frente osada.

No te levantes para ver las guerras
Que nosotros libramos,
Tú que de lo pasado un libro cierras
Que con horror miramos.

Sólo somos los débiles pigmeos;
De ayudarnos no trates;
Desprecio te causaran los trofeos
Que hay en nuestros combates.

Nada nos resta de tu antigua llama;
Ni fuerza ni vigor,
Cuando el pueblo vencido ¡amistad! clama,
Le damos deshonor.

Y cuando el odio inflama el pensamiento
Con sus olas sombrías,
Sólo tenemos corazón y aliento
Para luchar tres días!

A. VALDIVIA

EL JUZGADO ENTIENDE EN EL ASUNTO

La frase, que á guisa de título, arriba he colgado, es una de las que más llaman mi atención. Sirve de cola ó rabo á cuantas noticias de crímenes publican los periódicos, y yo creo que sólo por pura galantería la usan mis colegas, pues muchas veces acontece que el Juzgado se queda en ayunas de muchos asuntos.

Yo corregiría la frase diciendo: «El Juzgado procura entender el asunto»; mas como la costumbre es la única ley que se observa fielmente, dejemos la frase como está y demos comienzo á nuestro cuento.

Pues, señor, hará unos tres años que los periódicos de Madrid, luego los de provincias, y después algunos franceses y portugueses, publicaron la siguiente noticia:

«Los agentes de orden público núms. *tal y tal*, encontraron anoche, en medio de la calle de Atocha, un saquito dentro del cual había una mano de mujer, al parecer recién cortada. Entre los dedos de dicha mano había un papel escrito y lleno de sangre.

«El Juzgado entiende en el asunto.»

La redacción era fatal; pero la noticia no podía ser más interesante, especialmente para mí, que gusto de cosas raras y misteriosas.

Allí veía yo una novela, un drama palpitante de interés, como ahora se dice. Aquella noche apenas pude conciliar el sueño, y apenas lo conseguí fué para soñar con mil hermosas mancas.

Al saber que el Juzgado *entendía* en el asunto, fuíme al día siguiente allí, donde tenía varios conocidos; pero ¿qué habían de entender? Ni una palabra.

Allí vi el talego, la mano y el papel; pero ni la más ligera sospecha, ni el mas leve indicio, ni el detalle más insignificante vino á satisfacer mi curiosidad.

El talego era un saquillo ordinario, que nada tenía de particular.

La mano.... ¡Ah! ¡la mano aquella! En mi vida he visto otra más linda. Pequeña, carnosa, fina, blanca, suave, aristocrática; su dueña debía cuidarla mucho, los hombres besarla con adoración.

¿Y las uñas? Eran hojitas de rosa sobre copos de nieve, afiladas, cortadas en forma de almendra, transparentes, nacaradas. ¡Oh!... yo hubiera deseado ser arañado por ellas.

Porque era indudable; á aquella mano debía seguir un brazo torneado, y al brazo el divino cuerpo de una mujer hermosa.

El médico dijo que aquella mano perteneció á una mujer de veinte á veinticinco años, y escribió un luminoso y voluminoso informe para decir que la mano era la derecha, y que se había hecho la operación con instrumento muy cortante y por mano muy hábil.

El papel, que debía estar recién escrito cuando la sangre lo inundó no daba rastro alguno. Las pocas palabras y sílabas que á duras penas podían descifrarse, nada absolutamente revelaban.

He aquí la copia exacta que allí mismo saqué:

..... mío. dora.
..... ales. is. ses
..... tiend. ga. oma. érgi-
..... no. ento. die.
..... mí. isim
..... ia.

Esto es todo lo que pude sacar del Juzgado que entendía en el asunto.

Preocupado grandemente, me volví á mi casa, y como entonces *La Correspondencia* no publicaba más charadas que algunas de sus noticias, di en romperme los cascos para descifrar la del papel de la misteriosa mano.

Indudablemente (y así lo hubiera creído cualquiera) era cuestión de amores. Aquel *mío*... debía tener ántes un *amado*, *ángel*, ó *borrego*. La firma claro es que debía ser *Marta*, *Sofía*, ó *Lucía*, porque no era posible que una mujer que tuviese tan linda mano se llamase *Celedonia*, *Eustaquia* ó *Ambrosia*.

Sesenta mil combinaciones hice para rellenar los huecos; el único que tenía algún sentido me daba lo siguiente:

«Dueño *mío*: si es cierto que me adoras y sales para *París*, déjame monises para comprar en la *tienda* unas ligas de *goma*. *Energía*, y no olvides un momento que á *nadie* debes amar sino á *mí*. Tuya *amantísima*

-Marta.»

No me atreví a llevar al Juzgado esta interpretación de un asunto que nadie entendía, y viendo que pasaron días y meses sin que nada se averiguara, fui dando al olvido poco a poco el misterioso suceso que tanto me había preocupado.

A los seis meses, mis asuntos, en los que ningún Juzgado entendía, me llevaron a París, y pasando una vez por la rue Vivienne, llamó mi atención el escaparate de un ortopédico u ortopedista, donde se veían curiosos aparatos. Allí había narices de plata, ojos de cristal, brazos y piernas mecánicas, y manos artificiales para hombre y para mujer.

De repente vino a mi memoria el taleguito de la calle de Atocha, y sin saber por qué, empujado por una fuerza misteriosa, penetré en la tienda y entablé conversación con el dueño, que era un señor muy amable y complaciente.

Me revestí de toda la astucia que debe tener un buen agente de policía, y empecé a examinar los mil objetos curiosos que allí había bajo pretexto de cumplir un encargo que me hacía un médico amigo mío. Me enteré de los precios de ojos, narices, brazos y piernas, aprendí el modo de colocarlos, y cogiendo una preciosa mano de mujer, le hice la siguiente pregunta, que para mí tenía más miga que un pan de munición:

—¿Cuánto tiempo hace que vendió Vd. una mano como esta?

—Hace mucho tiempo.... las manos sueltas tienen poca salida. Piernas, ojos y brazos vendo muchos, pero manos... hace seis meses que no he vendido ninguna.

—¿Seis meses!—exclamé yo bendiciendo a la Providencia.—¿Y fue para alguna señora conocida?

—No sé; fue un caballero el que vino a comprarla... Debía ser italiano o español, a juzgar por su acento.

—¿Otro dato!—dije para mí.—No extrañe Vd.—continué—que le haga estas preguntas, porque conozco a una señora que hará seis meses quedó manca, y que tal vez esté aquí, en París. ¿No conoce Vd. al caballero ese?

—Sí, de vista; debe vivir por aquí cerca, o es bolsista, pues todos los días pasa por aquí; es un hombre alto, seco, muy bizco, y tiene una cicatriz en la frente.

Me despedí del comerciante, quedando en volver, y salí.... algo satisfecho.... Ya ven VV., me ayudaba la Providencia; entre mil establecimientos de esta clase que había en París había dado con el que me hacía falta. Había descubierto el hilo; sólo faltaba cogerlo. Para esto me eché a buscar por todo París un hombre alto, seco, bizco y señalado en la frente.

Un día.... le vi en el pasaje de los Panoramas; indudablemente era él; alto, seco, con un ojo carlista y otro cantonal. Me aproximé y empecé a seguirle. Él lo notó, y apretando el paso se me escabulló por los bulevares.

A los dos días estaba yo almorzando en el Palais Royal, cuando por poco me atraganto con un pedazo de *beef-steak*.

Tenía delante de mí al bizco, y apoyándose en su brazo una hermosísima joven.... ¡la manca tal vez!

No había más mesa desocupada que una al lado mío, y la Providencia los colocó allí. Al mirarme el bizco con el ojo izquierdo hizo un mohín de disgusto, y al mismo tiempo dirigía el ojo derecho a su compañera, que estaba al lado opuesto.

Mi vista no se apartaba de las manos de aquella mujer.... sin duda era ella.... manos preciosas, torneadas, etc., etc.

Estaba tan abstraído que con el tenedor me pinchaba las narices, mordía la servilleta creyendo que era el pan y llené de vino el mantel y los pantalones del bizco por llenar mi copa.

El criminal se echó a reír con el mayor descaro diciendo:

—Si no me mirase Vd. tanto no sucedería esto; ¿piensa Vd. retraerme o se ha enamorado Vd. de mí?

Yo, confuso, me limité a contestar con el sempiterno *perdón*, que saca a los franceses de todos sus apuros, y procuré disimular.... pero en vano.

Allí.... a mi lado estaban el criminal y su víctima.... almorzando tranquilamente.... ¡Y decían los periódicos que el Juzgado entendía en el asunto!

Antes de ponerme en evidencia y de exponerme a dar un paso en falso, necesitaba yo cerciorarme de que ella era la manca.... sólo tocándola la mano derecha podía averiguarlo.

¡Ah! Esta vez no fue la Providencia la que me inspiró sino el demonio.

Al lado de la joven, y cerca de su mano derecha, se hallaba la lista.... y en vez de pedírsela al mozo, me levanté, me acerqué, pronuncié el consabido *perdón*, cogí la lista, y olvidando que el hombre seco era bizco, viendo que tenía la cabeza vuelta al otro lado, puse mi mano sobre la de la bella joven....; la mano era de carne, aterciopelada y suave.... ¡No era la manca!

Tampoco lo era el bizco, pues cogiendo un plato me lo tiró a la cabeza, y si no la bajo a tiempo me la rompe.

Excuso decir el zipizape que se armó en el comedor, y es fácil deducir que salimos desafiados.

Yo maldecía al taleguito de la calle de Atocha y al Juzgado que no entendió el asunto.

Si al menos hubiera sido amante de aquella hermosa mujer.... pase; pero batirme, exponerme a que el bizco me regalase un balazo por el deseo de tocar una mano.... de madera.... era para desesperarse.

El duelo se verificó a pistola, al día siguiente; mas como él era bizco y yo apenas veo, nos disparamos dos tiros cada uno con más peligro de los padrinos que nuestro. Estos, escamados sin duda, dieron por terminado el lance. Entonces di yo explicaciones, y una comida de fonda terminó el *quid pro quo*. Allí reparé que el bizco no tenía ninguna cicatriz en la frente.

Mil veces juré no volverme a ocupar del asunto de la mano; pero una noche al salir del teatro del *Ambigu*, vi delante de mí una pareja que departía acaloradamente. El hombre, cogiéndola del brazo, parecía reñirla, y ella bajaba la cabeza y azorada miraba a todas partes. La luz de un farol se proyectó en el rostro del hombre.... Era alto, seco, bizco y tenía una cicatriz en la frente.

Ahora sí que no había duda, ahora sí que me guiaba la Providencia.... Allí los tenía.... al criminal y a su víctima.

No quise como la otra vez partir de ligero, y disimuladamente me puse a seguirles.

Observé que ella en todo el trayecto no sacó su mano derecha del manguito, y que el hombre debía ser una fiera, según sus modales bruscos, su cara y su voz.

Tomé nota del número y calle de la casa en que entraron, y al otro día ya estaba yo hablando con la portera.

Por ella supe que la joven era española (un dato); que se llamaba Sofía (dos datos); que el hombre era italiano (tres datos); que hacía seis meses vivían allí (cuatro datos), y que diariamente daban mil escándolos con sus riñas y peloterías, pues él era de un genio feroz y ella tenía un amante (mil datos).

Esta vez sí que no me equivocaba. ¡Era ella!

Para cerciorarme más pregunté a la portera si la joven era manca. Me contestó que nada había reparado, pero que se lo podía preguntar yo al amante, que era un joven muy fino y amable. Casualmente estaba arriba y no debía tardar en bajar, pues ya era hora de que el bizco volviese de la oficina.

La providencia me abandonó y el demonio volvió a inspirarme. A los diez minutos vi bajar a un joven muy elegante. La portera me dijo: «Ese es.»

El joven tenía en la mano un pañuelo que llevaba frecuentemente a la cara, tal vez para ocultarse o porque le dolían las muelas.

Yo me acerqué con la mayor finura, me quité el sombrero, y lanzando el consabido *perdón* le pregunté:

—¿Tiene Vd. la bondad de decirme si la señorita Sofía es manca?

No sé qué fue antes, si acabar yo de hablar o recibir mi sombrero, que me estaba poniendo, un terrible porrazo que le convirtió en *claque*.

—¡Me dará Vd. una satisfacción!—exclamaba el joven bramando de coraje....—Esa burla le ha de costar muy cara.... Ahí tiene Vd. mi tarjeta.

—¡Estoy lucido!—decía yo por lo bajo....—cada vez que quiero entender en el asunto encuentro detrás de un bizco.... un desafío.

—Vamos—decía el joven—vamos, que no es cosa que el otro nos sorprenda aquí.... Venga la tarjeta de Vd. y mañana le mandaré a Vd. dos amigos míos.

—Mande Vd. veinte dije yo exasperado—pero conteste mi pregunta.... ¿Es manca o no?

—¡Otra vez! Pero Vd. quiere que le mate aquí, en medio de la calle?

En esto pasó un medio pariente mío, joven mélico que estaba en

París perfeccionando sus conocimientos. Al vernos disputar así quiso mediar.

El amante se empeñaba en batirse y hubo que darle gusto.

Cambiamos nuestras tarjetas y se retiró saludando á mi amigo el médico, que se brindó á ser mi padrino.

—Ven acá—me dijo éste—entremos en este café y me contarás el asunto.

—¿El asunto? Ni el Juzgado ni yo entendemos una palabra.

Entramos en un café. Nos sentamos. Yo no sé lo que pedí ni lo que bebí.

El médico me dijo:

—Tranquilízate, vamos; cuéntame el origen, la causa del lance.

—¿El origen? El Juzgado entiende en el asunto.

—¿Pero en qué asunto?

—En ese.... en el del bizco que corta manos.

—No entiendo una jota.

—Igual nos pasa al Juzgado y á mí.

—¿Quieres hablar claro?

—Oye la historia.

Y empecé á contar la noticia de los periódicos, el encuentro del taleguito en la calle de Atocha.... la mano.... el papel misterioso.

El médico se reía como un desesperado á cada detalle que yo iba dando.

—¡Ah! ¡Caracoles! exclamé yo, ¿estás loco?

Y él continuaba sus carcajadas, diciendo:

—¡Magnífico! ¡Divino! ¡Soberbio! Sigue, sigue.... te aseguro que en mi vida me divertiré tanto como ahora.

Yo amoscado iba á levantarme.

—¡Por Dios—me dijo—continúa, que eso es delicioso!

Seguí contándole mis trabajos por descifrar la carta, mi viaje á París, mi aventura con el primer bizco, mi encuentro con el bizco segundo, y finalmente el lance con el amante de Sofía la manca.

—¿Tienes ahí la copia del papel del misterioso?—me dijo el médico llorando de risa.

—Sí, mirale....—Saqué el papelito y se lo entregué.

Lo examinó, y al cabo de algunos minutos yo creí que se ponía malo. Ya no era risa, era una especie de ataque epiléptico....—¡Sublime! exclamaba.—¡Piramidal! ¡Ja, ja, ja!

—Pero....—dije yo, dispuesto á tirarle una botella á la cabeza.

—Escúchame—dijo procurando serenarse.—Hace cabalmente unos seis meses que fui una tarde á la escuela de Medicina de San Carlos con mi criado, para recoger los aparatos y estuches que me sirvieron para el examen. Estando allí trajeron del Hospital el cadáver de una joven. Era una desgraciada mujer de mala vida, que, como la mayor parte, había caído desde el aparente lujo al lecho de un hospital. Llamaron mi atención sus manos, y al ver á varios alumnos que se preparaban á hacer la autopsia, corté la pecadora mano de la joven para disecarla y conservarla. Allí me dieron un taleguito y dentro la coloqué, después de limpiar mis instrumentos en un papel que saqué al azar del bolsillo. Dí á mi criado mis cajas, mis estuches, mi blusa y el taleguito, y se marchó. Cuando volví á casa me dijo que se le había perdido el saquito. Yo creí que algún alumno me lo habría quitado, y no volví á pensar en ello. Al otro día salí para París, y como no leo nada más que libros y periódicos de Medicina, nada he sabido del chasco que aquella mano ha causado.

—¿Y el papel?—dije yo confuso y avergonzado.

—Era.... una carta de un inglés, vulgo acreedor; ¡ja, ja, ja! Cuando te digo.... que es delicioso!.... Mira, aun la recuerdo de memoria; escucha lo que dice la carta misteriosa: voy á llenar los huecos....

«Muy señor mío: Si no entrega Vd. á la dadora los doscientos reales que hace seis meses está Vd. prometiendo pagarme, tomaré enérgicas medidas, pues no consiento que nadie se burle de mí: suyo afectísimo.—Ramon Garcia.»

—La palabra *nadie* es la única que acerté—dije soltando á reír, pues no había otro remedio.—Pero ¿y mi desafío?

—No se verificará,—dijo el médico.

—Es que mi sombrero ha recibido un apabullo, y esto es.... caso de honor.

—Caso de sombrero será.... yo lo arreglaré todo.

Y nos separamos.

Al día siguiente, á las diez, me sorprendió la visita del médico, acompañado del amante de Sofía.

Este me pidió mil perdones, me abrazó riendo como un descosido, prometió comprarme un sombrero y nos convidó á almorzar.

Me negué á lo del sombrero, pero acepté el almuerzo.

Este fué espléndido, y grande nuestro apetito.

Cuando sirvieron el café y las copitas de despedida dije yo al rival del bizco número dos.

—Dígame Vd., con franqueza, ¿qué mosca le picó á Vd. para contestar con un porrazo á mi pregunta?

—¡Toma!—exclamó riendo—me preguntó Vd. si Sofía era manca.... cuando acababa de darme un soberbio bofetón porque saludé á una vecina!.....

F. COSTA

UN LIRICO ESPAÑOL

A no dudarlo, España, del mismo modo que la Europa toda, vive en un periodo de florecimiento de la lírica que no alcanzó jamás en épocas anteriores.

Género subgetivo por excelencia es, sin duda, el más adecuado para expresar las crisis individuales y los sentimientos personalísimos, que son los únicos que hoy nos conmueven y nos impresionan, y los solos que con rara excepción determinan en nuestro ser, huellas indelebiles.

Y es nuestra patria la que en estos instantes cuenta acaso más personalidades que representen este movimiento. Campoamor, el original autor de las *Doloras* más fecundo y más intencionado, acaso, que en sus primeros tiempos; Núñez de Arce, enérgico y correcto; Querol, tierno, elegante, y tantos nombres como ilustran la lírica española en nuestros días, son más que bastantes para colocarnos á la cabeza de las naciones europeas en este ramo del arte.

Un nombre debe de hoy más figurar entre esos nombres; el de Menéndez Pelayo.

Personalidad discutida en todos terrenos, y por todos los conceptos, es Menéndez de aquellos poetas que, si á todos los gustos no satisface, engendra, por esta razón misma, simpatías apasionadas en los que como él sienten y comprenden el arte y su belleza.

Pocos como él han dominado el secreto de la forma; Menéndez posee la maravillosa facilidad para encontrar la frase propia, que preste el colorido esencial á la idea y que es base de esa belleza, la primera acaso en mi concepto, que resulta de la adaptación inmediata del concepto y su manifestación artística.

El nuevo libro de Menéndez Pelayo es un libro, en que el autor aparece como poeta inspiradísimo y como traductor incomparable.

Lejos de nosotros la vulgar idea de que es tan sólo la belleza poética producto fatal de inteligencias privilegiadas, siquiera esas inteligencias carezcan de cultivo del estudio. El poeta no escribe como el pájaro cantor. Lo dice un vate inspiradísimo.

«De Dios la voz secreta,
De la abstracción entre el silencio mudo
Coloquios dulces con el hombre entabla,
Y al artista, lo mismo que al profeta,
Sólo tras largas penitencias habla.»

Son precisos al poeta en la época actual conocimientos no comunes; es necesario, para que el entendimiento produzca, que llegue hasta sí la obra de otras inteligencias, como es necesaria, según la expresión del escritor francés, para que la palmera sea fecunda, que las ráfagas del viento que besan su ramaje lleven hasta ella el polen que en el ramaje de otra palmera recogieron sus alas invisibles; así, y por tal concepto, vibran en el Dante los sonidos de los Psalmos de David, y la pedregosa Escocia escucha en la canción ossiánica los acentos bélicos de la Iliada.

Ni es, ni será nunca defecto en Menéndez Pelayo su rara sabiduría y su ilustración extraordinaria; de poetas como él necesita nuestra literatura; hoy, que lo mismo que en todas las edades, atrevida turba de vates mediocres pretenden deslumbrar el mundo, vertiendo en indoctas rimas sus anémicos conceptos, apoyándose en el gusto adocenado de las *muchedumbres artísticas*, y en el aplauso de oscuros revisteros.

Valera, en el prólogo del libro de que trato, y que por sí sólo merecería un artículo aparte, lo dice y tiene razón de sobra; no hay motivo alguno que sea bastante á obligar al vate á descender desde la

altura, para que su vuelo pueda ser seguido por las gentes; y buen ejemplo de esto dieron Goëthe y Dante, vertiendo en sus versos el tesoro inagotable de sus conocimientos.

Siempre será la sabiduría fuente eterna de perfección; así siente el corazón como piensa la cabeza; y más fácil será que coincida con otros aquel que no los conoce, que quien conociéndoles, pone especial cuidado en evitar tales semejanzas.

Menéndez Pelayo es clásico por temperamento; su entusiasmo y su fogosidad, crecen rítmicas, y sujetas al número, fuente eterna de belleza inagotable; y su forma, intachable y correcta, casi siempre está saturada del perfume de sencillez majestuosa, nota esencial de la belleza helénica.

Es clásico, tan clásico como Chenier y como Foscolo; tan clásico como todos los que, despreciando el pseudo clasicismo del siglo XVIII, han bebido directamente en la fuente de la clásica belleza.

No es posible citar una por una las producciones dignas de citarse que encierra el último libro del autor de *El académico de la Española*.

Las hay originales que serían bastantes á hacer un nombre literario; á quien por otros conceptos no lo tuviera ya preclaro, trascendentes y profundas como la *Carta á sus amigos de Santander* y como la *Galerna del Sábado de Gloria*, sentidísimas como la *Elegía á la muerte de un amigo*, acaso la más bella de todas las que el libro encierra, y de la cual, á pesar del juicio autorizado de Valera, yo no suprimiría ni una frase sola, y apasionadas y vehementes por último, como la oda *A Aglaya*.

Las paráfrasis y traducciones son dignas de todo aplauso. Nadie como Menéndez puede, en verdad, enriquecer nuestra literatura con tales traducciones. No basta para tal empresa la inspiración: son precisos además la laboriosidad y el conocimiento de los idiomas en que los originales se escribieron. Es necesario ser sabio y poeta al mismo tiempo; es preciso ser el autor de la *Historia de los heterodoxos españoles*.

El ciego y *El joven enfermo*, de Chenier; los *Sepulcros de Foscolo*, el himno de Prudencio *A los mártires de Zaragoza*, el de Lord Byron *A Grecia*, la *Daristys de Dafnis* y la *muchacha*, la *oda de Linesio*, de Cirene; *Los siete sobre Tebas* y *Prometeo encadenado*, de Esquilo, han salido de su pluma, llegando á veces, como en *El ciego*, de Chenier, á perfección superior que en el original lograron.

De una cosa sólo debe acusarse á Menéndez Pelayo; quien como él domina el secreto de la rítmica; quien escribe estrofas como las de la oda de *sueños* y las del himno á *Dionysos*, está obligado á sujetar su libre musa, y á usar con sobriedad mayor del verso suelto.

JOSÉ J. HERRERO

LA CACERÍA EN ÁFRICA

Gerard despertaba mucha curiosidad y nos tenía entretenidos con la esperanza de una caza de leones.

Una palabra fisiológica sobre el león, y de rechazo sobre Gerard, su temible y dichoso antagonista.

Entre los animales fantásticos de la antigüedad, ninguno nos ha parecido tan terrible como esta realidad que con el nombre de león se conoce.

En Roma no había buena caza sin león.

Uno de los principales motivos de disgusto de Casio contra César, es que éste le tomó cincuenta leones que conservaba en Megara para las fiestas de su Edilicio.

Uno de los recuerdos que hicieron más popular en Roma á Pompeyo, fué que al celebrar su triunfo arrojó al anfiteatro trescientos leones con crines.

Ni la serpiente de Régulo, ni los elefantes de Aníbal produjeron la viva impresión que Antonio cuando paseó las calles de Roma con Citeria en su carro tirado por dos leones.

El gran atractivo de la caza para los árabes consiste en el león, al cual llaman *señor*, y creen que este poderoso animal varía de alimento cuatro veces al año. Durante el primer trimestre come demonios, carne humana durante el segundo, tierra arcillosa en el tercero, y animales en el cuarto.

Los árabes han notado que el león que lleva un caballo ó un camello sobre sus espaldas, y que con este peso salta una altura de tres ó cuatro pies, apenas puede sobrecargar desahogadamente con un carnero.

Anomalia como esta debía tener su explicación, y ellos, con su poética fantasía, la han encontrado.

Un día, en una asamblea de animales, decía el león vanagloriándose de su fuerza:

—Cargaré con un toro sobre mi espalda, si Dios quiere; con un camello, si Dios quiere, y con un caballo, si Dios quiere: llegó un carnero, y viendo que esto era más fácil, no quiso contar con la voluntad del Señor, y Dios castigó por esto al rey de los animales, haciendo que no pudiese conducir aquel pequeño animal sobre sus espaldas.

El elefante, el tigre, la pantera y el jabalí, son los únicos animales que juntamente con el hombre se atreven á combatir el león. Se ha encontrado ya un jabalí muerto á diez pasos de un león destripado.

Los árabes comen la carne del león, y aun aseguran que ciertas partes de este animal curan algunas enfermedades; pero pagan bien caro este alimento, porque los hijos de un hombre que ha comido león, mueren generalmente al echar los dientes.

La reputación de santidad entre los eremitas de aquel país, aumenta considerablemente cuando han criado ó amansado leones.

Los árabes son esencialmente cazadores, y cazan el león, la pantera, la hiena, el jabalí, el chacal, la gacela, y otras bestias salvajes, y nunca se entretienen en los conejos y perdices con que por aquí jugamos á la caza.

No hemos dicho que el león es el primero, el más peligroso y noble de sus adversarios, aunque ya debe suponerse con indicar que le llaman *señor*. Y cuando hablan con él frente á frente le apellidan *Juhan-ben-el-Juhan*; es decir, Juan, hijo de Juan.

¿Y por qué le han concedido su título y un nombre de hombre? Porque según ellos, el león tiene la más noble de todas las cualidades humanas, la bravura, la generosidad, y porque comprende la palabra humana, sea cualquiera el idioma que la exprese. Porque obedeciendo á su valor, es compasivo con las mujeres y aborrece los malvados.

Si un árabe encuentra á un león, detiene á un caballo que se echa á temblar, y dirige la palabra á su temible antagonista:

—¡Ah! eres tú, Monseñor Juan, hijo de Juan—le dice.—¿Crees tú espantarme á mí? Tú eres bravo, yo lo soy también; tú eres noble, también lo soy yo: déjame, pues, pasar como un hermano, porque soy un hombre de polvo, un hombre de negros días.

Entonces empuña el sable, pica los estribos, y se dirige al león, que se aparta para dejarle pasar.

Pero si tiene miedo, si retiénese en el camino, en ese caso el león le devora sin piedad. El león sondea á su adversario, le mira cara á cara, y lee en su rostro el afecto que experimenta, y como descubre el temor, se acerca á él, le derriba con la espalda, echándolo fuera del camino con el rugido cruel precursor de la muerte. Después le lame, se aparta, describe círculos en derredor suyo y cerca su cuerpo de matas de árboles que arranca con la cola, y luego desaparece.

El hombre entonces creyéndose libre se anima, procura escapar, pero á los cien pasos se encuentra de nuevo al león que le cierra el camino.

El león le derriba otra vez, lame su rostro con una lengua ensangrentada, hasta que el hombre ha perdido la cabeza ó se ha desmayado, y vase á beber á gran distancia. Desde entonces el hombre es suyo. Vuelve de beber, comienza nuevamente á lamerlo y después á devorarlo. Más tarde se encuentran en cualquier sitio los pies y las manos que nunca come el león.

Algunos árabes, y téngase presente que es el narrador del desierto, y no Buffon quien habla por mi boca, algunos árabes se han salvado aun ya sin sentido y en la posición extrema que acabamos de describir, lo cual han debido á una carabana, á un cazador ó á otro árabe más valiente é instruido en las costumbres del león. En este caso, el valiente, en vez de huir con el otro, porque se perderían los dos, espera al león á pié quieto, y cuando éste vuelve se detiene al ver dos en vez de uno.

—Este que está aquí tendido—le dice el hombre—es un cobarde, Monseñor Juan, hijo de Juan; pero yo soy valiente, y me llamo Fulano, hijo de Fulano, y no te temo; te pido gracia para él, porque es un cobarde, y no es digno de que te lo comas tú; yo le ataré las manos, y será mi esclavo.

El león exhala un rugido.

—¡Oh! tranquilízate—continúa el árabe bravo—yo le castigaré severamente.

Y al decir esto ata al cobarde con la cuerda de su camello, y el león, satisfecho, se aleja para no volver más.

Hay también árabes, y mejor puede aplicarse á estos que al primero que se lanzó al mar, lo de tener el corazón cubierto del triple acero de que hablaba Horacio; hay también árabes, decimos, que aporrecen miedo; y que en el momento en que el león los humilla, le clavan un puñal en el vientre, después de lo cual se les presentan dos medios de escapar. Un árbol próximo sobre el que tenga tiempo de subirse, y un matorral ó buena cubierta de espinos, en cuyo centro se deslice como una serpiente. El león entonces, temiendo punzarse su rostro, aquel rostro móvil parecido al de Júpiter Olímpico, y del cual tan bien han descrito Barye y de la Croix, se dirige contra el árbol, ó se echa contra el matorral, y espera.

En tal caso, el hombre no puede salvarse sino por una caravana.

En el camino de Bethna encontré un árabe con un león, y huyendo de él se precipitó en un hondo hueco que divisó cerca; el león se dirigió á la hendidura, tendió hasta lo profundo de ella su mirada de relámpago, y calculando que si descendía á su fondo no podía volver á subir nunca, se acostó tranquilamente á su borde. Por fortuna del prisionero, al siguiente día pasó un destacamento francés que puso en fuga al león.

Pero cuando el león huye, los árabes tienen un medio seguro de detener su carrera; insultándole.

— Ah cobarde; miserable, ¿conque tienes miedo? ¿conque huyes? ¿Pretendes pasar por el más valiente de los animales, y huyes desparovido como una mujer? Nosotros no te llamaremos en adelante señor, sino esclavo.

A estas palabras detiénese el león y aguarda á los cazadores.

Es necesario que el león se encuentre hambriento para no respetar la mujer; los árabes afirman que aun la temen. Me han asegurado ellos haber visto algunas corriendo tras el león con una oveja, ó becerra, y aun con sus propios hijos; y agarrarlo por la cola y darle fuertes golpes. Si por casualidad el león se ha vuelto entonces con ademán amenazante, la mujer no ha tenido que hacer más que pararse y levantar la ropa, para que el animal haya huido de ella como del diablo.

Casi todas las pieles de león que he visto en la Argelia estaban mutiladas, y es porque las mujeres les arrancan los dientes y las uñas para hacer talismanes, cuando los guerreros no las toman para adornar el cuello de sus caballos.

La superficie de la piel del león tiene la virtud de espantar á los animales dañinos, y aun á los espíritus malos.

Cuando se caza el león, lo primero que se trata es de escapar de sus tres primeros saltos, cada uno de los cuales á veces es de treinta pies. Cuando los cazadores se aperciben de que un león ha pasado por el sitio donde se encuentran, ó que anda por aquella comarca, envían batidores de avanzada que siga sus huellas, y que le busque en el matorral donde esté oculto, que ha de ser poco espacioso para no herirse el rostro, como hemos dicho ya. Si le descubren aquellos realmente, vuelven á decirlo, y todos dirigen sus caballos á encontrarle.

El primero que le divisa, grita señalándole con el dedo, «¡Ra-hena!»

Lo que quiere decir *no está ahí*, porque si dijera «¡Ra-hena!» es decir, *ahí está*, el león, que como también hemos indicado, entiende todos los idiomas, no dejaría de devorar á su denunciador.

Después de esto se apartan todos á la distancia de seiscientos metros, á fin de escapar de los tres primeros saltos del león, y de poder ocultarse en caso necesario en sitios inaccesibles para la fiera.

Si el león no ha sido herido mortalmente, sale de su escondrijo, y los árabes se alejan cargando de nuevo las armas é insultándolo si huye. Rara vez se termina una caza de este género sin que haya que lamentar la pérdida de tres ó cuatro cazadores, pues el león casi nunca se rinde al primer choque, sino que conserva todo su brío, aun cuando la bala le haya entrado por el corazón.

En la Argelia se abusa mucho del león. Cuando un hombre ha desaparecido, se dice: «Se lo ha comido un león.»

Los árabes temen más á la pantera que al león, por la absoluta falta de generosidad que tiene aquel animal; por lo que acerca de él no se cuenta ninguna de esas raras historias que del rey de los animales. La pantera con que se topa, ó mata, ó es muerta. No entiende ninguna lengua, no distingue al valiente del cobarde; y el hombre para ella, es el hombre, es decir, su enemigo, su fuerza. Sus saltos son tan rápidos como los del león, persigue el galope del caballo, y subiéndose por la grupa, destroza el cráneo del que lo monta, ya con una simple

patada, ya con los dientes, por lo cual los cazadores gastan casquete de hierro.

La pantera se caza al acecho, colocando el cebo que debe atraerla en una rama de cinco ó seis pies de elevación, y una vez en ella, se le dispara el tiro al corazón.

Los árabes se aprovechan de la piel de la pantera para ante-silla de sus caballos.

Restanos la hiena, á la cual ha formado tan mala reputación Mr. Buffón; Mr. Buffón, que, como dijo un académico lleno de imágenes poéticas, escribió sobre las rodillas de la naturaleza.

Desgraciadamente Mr. Buffón escribía con más frecuencia sobre las rodillas de la naturaleza parisiense que de la real. He aquí explicado que del más cobarde y vil de los animales, es decir, de la hiena, haya forjado uno de los más terribles.

Erase un gobernador de Argelia, que había estudiado el Africa, no sobre el terreno, sino en Mr. Buffón, y que temiendo ver devastada nuestra flota, por la muerte de los infelices marineros que tira á tierra el grito de la hiena, dispuso en un bando pagar la suma de 25 francos al que matase uno de aquellos animales.

Mucho se alegraron los árabes al saber este secreto. Pusieron á cazar la hiena, y no hay semana que no se vea entrar por Argel: cuando el animal no quiere andar, el árabe le da golpes y anda.

Yo pregunté á un árabe si era peligrosa la caza de la hiena, y me hizo repetir la pregunta, porque no me comprendía. Cuando me entendió, sonrióse de la manera que un árabe puede hacerlo, y me invitó á hacerme relación de esta caza, la que déjase entender que aceptaría al momento.

Os voy á decir, comenzó mi narrador, cómo se caza este animal cuando se le quiere coger vivo. Entra el árabe en la caverna donde la hiena se oculta, después de haber interceptado con alguna cosa los rayos luminosos, discurre por el interior con los brazos abiertos, hasta dar con la hiena, á la cual dirige algunas palabras cariñosas y pide la pata, y la saca fuera echándola un lazo.

No respondo de que estos detalles sean enteramente ciertos; pero de cualquier modo explican la idea que tienen los árabes del valor de la hiena.

No es la fuerza sin embargo lo que falta á la hiena, especialmente en las quijadas. En 1841 un árabe llevó una hiena á Orán, y la regaló al general Lamoriciere, el cual viéndola un día destrozar con los dientes un hueso de nácar, la envió sin demora al jardín botánico.

Volvamos á Gerard, el matador de leones.

GERARD, MATADOR DE LEONES

Los árabes no se acuerdan sino de un matador de leones, que se llamaba Hassen, y había sido cazador de Hamed-Rey, de Mamelak, y de Brehau-Bey, muriendo en tiempo de éste.

He aquí como aquellos refieren su muerte. Ruge un león, Hassen marcha á su encuentro; se oye un disparo, más tarde un rugido, últimamente un grito, y nada más. Hassen había muerto.

Hassen cazaba con ayuda de lazos de piedra que cubría de ramas y troncos de árboles, y de esta manera mató infinidad de leones. Las armas de que se valía, entre otras, eran una carabina y dos pistolas. Cazó durante doce años, y los árabes no saben á qué número ascendió el de los leones muertos por su mano. La casualidad reservó á la Francia la gloria de dar un digno sucesor á Hassen en la persona de Julio Gerard, aposentador mayor de la caballería turca mahometana.

Julio Gerard es un hombre de treinta á treinta y un años, de estatura pequeña, delgado y rubio; sus ojos, de un azul claro, revelan dulzura á par de firmeza; su barba es poco poblada, su hablar parece el de una mujer. En 1842 se alistó en la caballería árabe de Bona (spahis) escogiendo este cuerpo porque nunca abandona el Africa. Llegó á Bona en el citado año, y quiso ser desde luego una especie de secretario militar, pero al cabo de tres meses se aburrió de gastar papel y tinta, y pidió un caballo y un fusil, arma en que se había ejercitado notablemente. Su escuadrón fué licenciado al poco tiempo para formar el de Guelma, y Gerard solicitó marchar á este punto que está á dieciocho leguas en el interior. En Guelma hay siempre combates, ó cacería cuando menos, y Gerard obtuvo el favor de ir allí.

A la tercera noche ya Gerard escalaba los muros de la ciudad para ir á cazar el jabalí, la hiena y el chacal. En Guelma fué donde por la vez primera oyó hablar Gerard de Hassen, de los leones, de los estragos que causaban, y del peligro que había en combatirlos.

Escuchaba todas las noches las historias que hemos contado, revestidas con la poesía del desierto, y su impresión le desvelaba noches enteras, ó le sumergía en sueños fantásticos, en los cuales él se encontraba frente á frente con aquellos señores de las montañas, y luchaba con ellos sin experimentar ningún pavor.

Gerard, á quien un largo ejercicio en las armas de fuego había dado un golpe de vista infalible, y una gran seguridad en la mano, por lo cual ya se le elogiaba en el país, resolvió hacer lo posible porque la memoria de Hassen fuese olvidada, y decía frecuentemente á los árabes: si sentís bajar á un león de la montaña, avisadme, porque quiero ser un matador de leones como Hassen, pero sin lazo ni socorro de árboles, *al ain drea*.

PRIMER LEÓN

Por el comercio del año de 1844, Gerard supo que un león devastaba la *Archiona*, bajando por las noches y ensangrentándose á su sabor en los rebaños. Pidió licencia y se le concedió por tres días.

Cuando llegó al aduar árabe, no creyó nadie que aquel joven parecido á un niño, procedente del campo francés, hubiese venido expresamente para luchar con un león; los habitantes de aquellas montañas, que eran todavía los primitivos de la naturaleza, decían que un gran corazón no podía contenerse más que en un pecho espacioso, y que contra la fuerza sólo podía luchar la fuerza. En cuanto á Gerard, no perdió tiempo ninguno, poniéndose en marcha desde luego, aunque sin resultado el primer día. Al segundo internóse con un rebaño en los bosques de *Archiona*, en compañía de dos árabes. El día se pasó también como el anterior; pero al llegar la noche, la fiera dejó oír sus rugidos.

Gerard me ha confesado que estos primeros rugidos hicieron latir su corazón.

Ninguno sino él los había percibido, porque sólo él caminaba en su dirección, cuando de repente, á través de las flotantes sombras, y á unos cincuenta pasos, descubrió al león, quien por su parte vió también al hombre que ya rastreaba sin duda hacia rato. A su vista, la cola del animal se meneó, herízase su crin, y dejando escapar un formidable rugido, embiste á Gerard.

Los dos árabes quisieron hacer fuego, pero aquel lo prohibió con gesto imperioso. Se trataba de medirse con él de igual á igual, y de minar al león con el primer golpe.

El león continuó avanzando sin dar otra señal de cólera que un sacudimiento más vivo de su cola, y una crispatura más fuerte de sus nes. A cada segundo disminuía la distancia: los cincuenta pasos que le separaban primero se habían reducido á diez. Gerard permanecía inmóvil y en guardia desde el primer instante.

Acaso el león dudaba que aquel fuese un hombre.

A los diez pasos de distancia de uno y otro, el león se detuvo, brotó una llama, salió el tiro y el león cayó muerto.

La bala le había entrado por en medio de la frente, rompiéndole el cráneo y penetrándole por la cabeza. Yo pregunté á Gerard por qué había tardado tanto en disparar, y me contestó simplemente: porque era el solo disparo que tenía que hacer.

El vencedor volvió al aduar; si hubiera ido solo, sus palabras no habrían merecido crédito; pero los árabes refirieron la muerte del león y al siguiente día se fué en busca del cadáver.

Bién pronto esparcióse por el país la nueva de que un francés se iba derecho á un león cuando lo divisaba, matándole del primer tiro.

A principios del Agosto siguiente recibió Gerard el parte de que un león vagaba hacia ocho días por los alrededores de Zeouezi, causando horrible mortandad en los rebaños.

SEGUNDO LEÓN

Esta vez partió Gerard con otro de su cuerpo, natural del país, y llamado Sardi-Bruner.

Después de haber tomado los informes necesarios, marcharon los dos á colocarse en un sitio cerca de Aur-Sefia, á la subida de Sergi-el-Haouda, para esperar allí al terrible león de la Mahouna. Quedaron allí una gran parte de la noche, sin oír nada y conteniendo el aliento para no ser descubiertos. Sería la una y media, y Sardi-Bruner, fatigado de esperar inútilmente, quedóse profundamente dormido.

¿Qué me dices, lector, de un hombre que se duerme al pecho de un león?

Felizmente, Gerard velaba.

Serían las dos, y la luna, brillante hasta entonces, acababa de ser envuelta por una nube, cuando Gerard creyó que se movía por intervalos una sombra, sombra que, destacándose después, y tomando cuerpo, le dejó ver claramente que había llegado el enemigo que esperaba. Gerard llevaba entonces una carabina de dos tiros, pero se mantuvo impasible como la vez anterior.

El león, que por su parte creyó también haber dado con su presa, se adelantó pausadamente y con la cabeza elevada, dió un salto después y ganó veinte pasos de distancia, con lo cual se hallaban ambos rivales á treinta sobre poco más ó menos.

El león levantó la cabeza, sacudió su crin, dió un nuevo salto, y fué á caer á quince pasos de Gerard, que le disparó en el momento de caer, anunciando un terrible rugido que la bala le había tocado. A este rugido despertó Sardi-Bruner, á quien Gerard impidió que hiciera fuego como intentaba.

El león, levantándose sobre las piernas traseras, batiendo el aire con las de delante, el segundo tiro partió, entrándole por la mitad del pecho. En este momento se apoderó Gerard de la carabina de su compañero, aunque un tercer tiro habría sido inútil, porque el león había caído para no levantarse más.

Gerard volvió á la guarnición, seguido de gran número de árabes, y llevando la piel del león de Mahouna, como Hércules la del de Nemea.

(Aquí cuenta M. Alejandro Dumas otras nueve cazas, en cada una de las cuales Gerard ha matado un león, y concluye de esta manera su interesante historia.)

Hasta aquí llegaba Gerard en sus excursiones en nuestro arribo á Roma. Después lo he visto yo en París, y he oído de su boca los anteriores detalles. Sin embargo, el porvenir de Gerard está fatalmente indicado; de todas las partes de la Argelia le van á buscar, y él nunca retrocede. Dejará sobre el litoral africano la reputación del Hércules Nemence, ó en sus cantos, dirá el árabe como de Hassen:

«Un león ruge, Gerard marcha á su encuentro, se oye un disparo, un rugido, un grito, y nada más.»

«Gerard murió.»

ALEJANDRO DUMAS

NOTA

Con el presente número recibirán los señores suscritores el índice del tomo primero de LA DIANA.

Se compran á peseta en esta Administración, los ejemplares del número 5 de LA DIANA.

GIL BLAS

Periódico satírico semanal

DIRECTOR: DON ANTONIO SANCHEZ PÉREZ

Precio de suscripción: DOS pesetas trimestre en toda España. Ultramar y extranjero, CINCO pesetas trimestre.

La suscripción empieza en 1.º de cada mes.—Pago adelantado.

Administración y redacción: Gorguera, 3, principal.

MADRID: 1882

ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO

Calle Real, núm. 1 cuadruplicado

LA DIANA

REVISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Esta publicación que constará de 16 páginas de escogida lectura, aparecerá los días 1 y 16 de cada mes.

La empresa de LA DIANA, deseando que esta REVISTA figure á la cabeza de las publicaciones de semejante índole, no ha omitido gasto alguno para que en estas páginas colaboren los escritores más eminentes.

Los amantes de las letras y las ciencias encontrarán siempre en esta REVISTA una propaganda decidida y entusiasta de los adelantos de la presente época, á la vez que un medio de seguir el movimiento intelectual y político de todas las naciones.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—RESTO de Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

España: 1 peseta línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados, precios convencionales.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de comunicaciones; optando por este medio, deberá hacerse bajo certificado. El pago siempre adelantado.

OFICINAS DE «LA DIANA»

PLAZA DE LA INDEPENDENCIA, NUMERO 10, 3.º DERECHA